AÑO 2.000: FIN DEL MUNDO

KEITH LUGER

BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO


AÑO 2.000: FIN DEL MUNDO
KEITH LUGER
USA
BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO



KEITH LUGER

AÑO 2000:

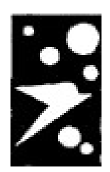
FIN DEL MUNDO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 52

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES —
CARACAS — MEXICO

Depósito Legal B 24.637-1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: agosto, 1971

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,S. A**.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

—Me estoy jugando la piel, Frank.

—Tu piel es muy hermosa. Déjame que la bese, Patty.

—Pero, Frank, si no haces otra cosa desde que llegué aquí hace una hora.

—Entonces, para variar, te besaré en los labios.

—Frank, si el general Emerson se entera de que tú y yo llevamos juntos en este sofá casi una hora… nos mandarán al polo Norte.

—Ahora estamos en el Ecuador.

—No es el Ecuador, Frank. Esto es el infierno. Las llamas me consumen.

—Consumámonos los dos.

—Oh, no, Frank, quiero seguir en el Comando Espacial. He estudiado catorce años el sistema planetario. ¿Y para qué me serviría?

—Para esto. Para que veas las estrellas —dijo Frank Connors y la volvió a besar en los labios.

Patty lo apartó un poco y dijo:

—¿Por qué el general Emerson tiene que prohibir a los hombres y a las mujeres del Comando Espacial que fraternicen? Es una injusticia, Frank.

—Olvídate del general Emerson por una hora más.

De pronto oyeron una voz.

—¿Qué hacen ustedes?

La reconocieron. Era el general Emerson.

Los dos pegaron un brinco y saltaron del sofá. Observaron el living, pero no vieron al general.

—¡Estoy aquí!

Estaban aturdidos y por eso no se habían dado cuenta de que el general Emerson los miraba desde la pantalla del televisor.

—Son ustedes un par de ingenuos. ¿No saben que tengo en permanente vigilancia a las personas que se encuentran bajo mi mando?

Frank habló en voz baja a la joven.

—¿Lo ves, Patty? Debiste aceptar mi plan de ir al parque.

El general Emerson gritó:

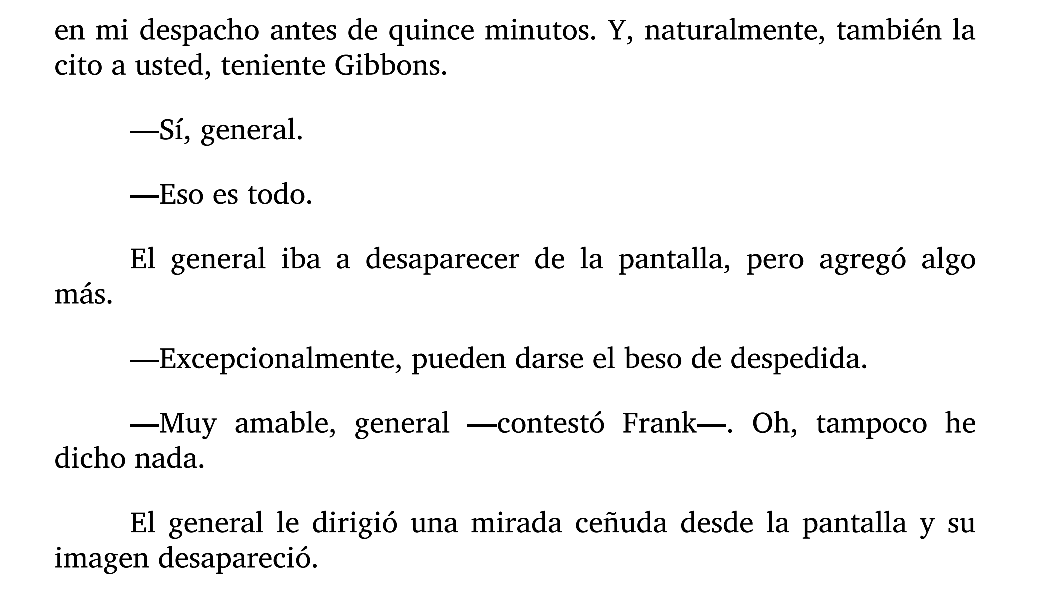
—¡También en el parque tengo mis espías electrónicos!

—Usted no se priva de nada, general.

—¿Qué es lo que ha dicho, capitán Connors?

—Nada. No dije nada. Era sólo un comentario.

—Pues ahórrese los comentarios, capitán Connors. Quiero verlo



en mi despacho antes de quince minutos. Y, naturalmente, también la cito a usted, teniente Gibbons.

—Sí, general.

—Eso es todo.

El general iba a desaparecer de la pantalla, pero agregó algo más.

—Excepcionalmente, pueden darse el beso de despedida.

—Muy amable, general —contestó Frank—. Oh, tampoco he dicho nada.

El general le dirigió una mirada ceñuda desde la pantalla y su imagen desapareció.

Patty Gibbons, hermosa, morena, dio un suspiro.

—Se acabó mi carrera en el Comando Espacial.

Y también se acabó la tuya.

Frank tenía los ojos entornados.

Ella le echó los brazos al cuello y dijo:

—En fin, dame ese beso de despedida. Pero que sea el mejor de tu repertorio.

Frank estaba con los ojos entornados, pensativo, y no le dio aquel beso.

—¿Qué te pasa?

—Estoy tratando de dar con la persona que le dio el soplo. El general aprovecha estas horas para jugar al ajedrez, y alguien le tuvo que interrumpir para decirle dónde estábamos.

—Yo no le dije a nadie que veníamos aquí. ¿Y tú, Frank?

—Yo tampoco. Pero no me quiero morir sin saber quién es la persona que nos ha delatado. Vámonos.

—El beso, Frank.

—Oh, sí, el beso.

Unió sus labios a los de ella y, cuando hubo terminado, Patty, dijo:

—Me mandarán al polo Norte, pero ha valido la pena.

—Si a ti te mandan al polo Norte, a mí me mandarán al polo Sur. Le pediré al general que me deje llevar el sofá como recuerdo.

—Oh, no, de ninguna forma, Frank. Este sofá es nuestro. No consentiré que lo compartas con una esquimal.

El capitán Frank Connors tenía veintiocho años y era alto, de recia constitución, cabello negro, rostro de facciones varoniles, ojos azules, muy brillantes.

—Vamos, nena, el pelotón de ejecución nos espera.

Diez minutos más tarde, se encontraban ante el despacho del general Emerson. La puerta era vigilada por dos soldados con metralleta laser.

Le dejaron el paso libre y el teniente Mayer les salió al encuentro. Era un tipo feo.

—¿Pasó una buena tarde, capitán Connors?

—La mejor —le sonrió Frank, apretando los dientes fuertemente.

—¿Y usted, teniente Gibbons?

—De maravilla —le contestó Patty con ironía.

—Celebró que los dos hayan pasado tan buen rato. El de ahora va a ser peor. Pueden pasar.

El general Emerson tenía cuarenta y cinco años. Había hecho una carrera meteórica en el Ejército, debido a sus condiciones privilegiadas. Era hombre que había conseguido estar en perfectas condiciones físicas durante veintidós horas al día, porque sólo dormía dos. Podía compararse a una computadora. Estaba lleno de vitalidad. Era tan alto como Frank Connors, pero un poco más grueso, la frente amplia, el cabello rizado.

Estaba sentado tras de su mesa, las manos entrelazadas. No fumaba, no bebía, y, según las referencias de Frank, nunca había

estado casado ni se le había visto con una mujer.

—Capitán Connors, teniente Gibbons...

Los dos jóvenes se cuadraron.

—Lo que ustedes han hecho no tiene nombre.

—Tiene uno, general —dijo Frank.

—¿Ah, sí?

—Amor.

Emerson pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Capitán Connors, tiene un nombre! Pero no es amor. Es indisciplina. ¿Me ha oído bien?

—Sí, señor.

—Es increíble lo que ustedes han hecho. Han arrojado por la borda todas sus posibilidades futuras...

—General, ¿me permite decirle una cosa?

—De acuerdo. Dígalo.

—¿Cree usted que el capitán Connors que tiene usted delante es distinto al capitán Connors de hace dos horas? ¡Sigo siendo el capitán Frank Connors, que usted eligió y puede hacer hacer las pruebas necesarias para comprobarlo!

El general empezó a ponerse rojo.

—Capitán Connors, ¿quién es el jefe de aquí?

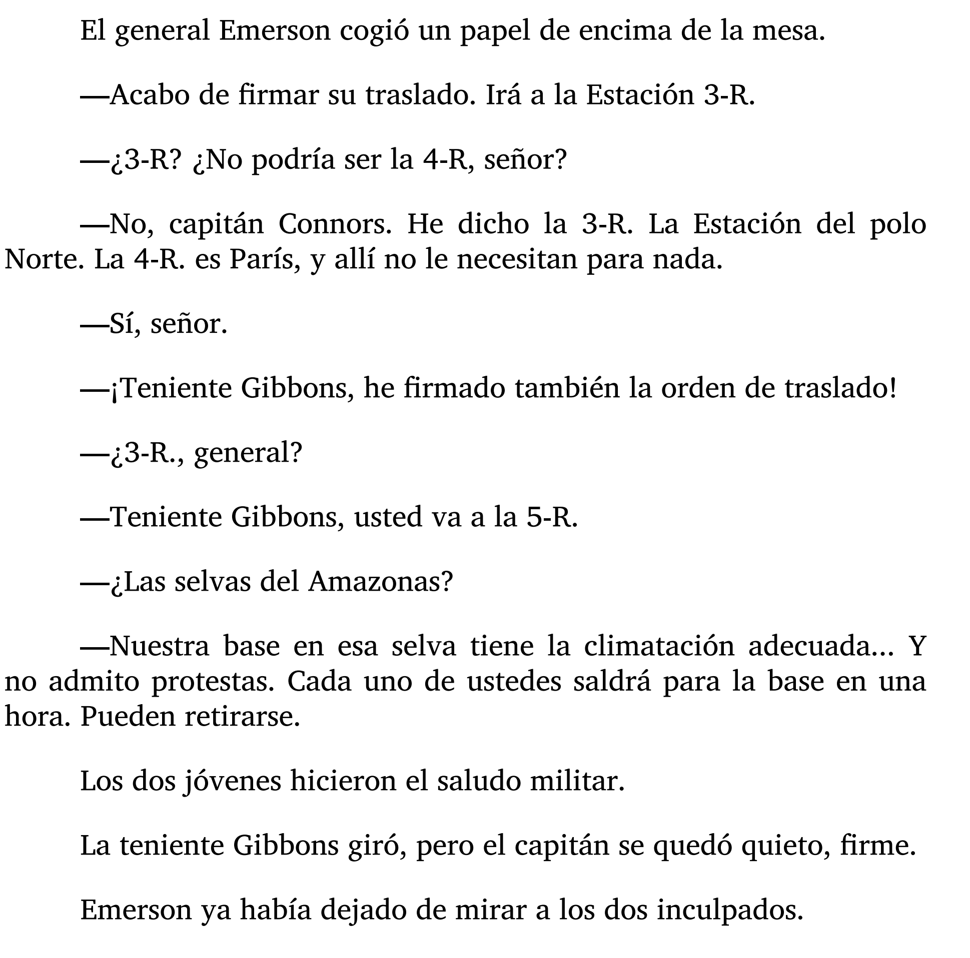
—Usted, general Emerson.

—¿Y quién da las órdenes?

—Usted, general Emerson.

—Pues le voy a dar la primera orden. ¿Está dispuesto a escuchar?

—Sí, general Emerson.



El general Emerson cogió un papel de encima de la mesa.

—Acabo de firmar su traslado. Irá a la Estación 3-R.

—¿3-R? ¿No podría ser la 4-R, señor?

—No, capitán Connors. He dicho la 3-R. La Estación del polo Norte. La 4-R. es París, y allí no le necesitan para nada.

—Sí, señor.

—¡Teniente Gibbons, he firmado también la orden de traslado!

—¿3-R., general?

—Teniente Gibbons, usted va a la 5-R.

—¿Las selvas del Amazonas?

—Nuestra base en esa selva tiene la climatación adecuada... Y no admito protestas. Cada uno de ustedes saldrá para la base en una hora. Pueden retirarse.

Los dos jóvenes hicieron el saludo militar.

La teniente Gibbons giró, pero el capitán se quedó quieto, firme.

Emerson ya había dejado de mirar a los dos inculpados.

La teniente Gibbons titubeó ante la puerta al ver que Frank no iba con ella, pero en seguida reaccionó y salió del despacho cerrando tras de sí.

El capitán Connors carraspeó y eso hizo que el general alzase la mirada.

—¿Qué le pasa, capitán Connors? ¿Es que no entendió la orden?

—La entendí perfectamente, señor, Sólo quiero hacer una pregunta.

—¿Está relacionada con su nuevo servicio?

—Indirectamente, sí, señor.

—Está bien. Haga la pregunta.

—Quisiera saber quién le dio el soplo.

—¿Qué?

—Quisiera saber quién le dijo que la teniente Gibbons y yo…, ya sabe.

Emerson se echó en el respaldo de la silla.

—Capitán, tengo una gran responsabilidad sobre mis hombros. En los últimos diez años hemos logrado llegar a cinco planetas. En dos de ellos tenemos bases, y esas bases se sostienen gracias a la alta disciplina que yo impongo al personal. Yo tenía las máximas esperanzas depositadas en usted, capitán Connors, a condición de que lograse subsanar su fallo.

—¿Mi fallo general?

—Las mujeres.

—Perdón, general, pero me precio de ser un hombre con ese defecto.

—¿Cree que a mí no me gustan? Pues óigame, Connors, para mí, son tan adorables como puedan ser para usted. Pero hago una cosa. Jamás tengo un romance con una mujer que preste servicios en cualquiera de las bases que están a mis órdenes. Esa prohibición reza para ustedes y para mí. Yo mismo me la he impuesto y la he respetado siempre. ¿Cree que no me gusta la teniente Gibbons? ¿Cree que no me gustan la profesora Meredith o la teniente Susan Miller? ¡Pues me gustan, capitán! Pero las trato en el mismo plan de igualdad que a los hombres. Estamos en el año 2000 capitán Connors. Hemos recorrido un largo camino y hemos superado muchas cosas. No consentiré que nadie eche por tierra el esfuerzo que otros hombres han realizado a lo largo de la última década, y para ello, es necesario, es indispensable que no se rompa la disciplina. Me hizo una pregunta. Quiere saber quién me dio cuenta de que usted y la teniente Gibbons se encontraban en el apartamento de ella. Bien. Se lo diré. Es un teniente de Investigación Psicológica que mandé llamar para que hiciese un trabajo especial. El de vigilarle a usted. Es el teniente Harlow.

—Antes de marcharme quisiera conocer a ese teniente.

—Con mucho gusto.

Emerson apretó un timbre y habló por un micro.

—Que pase el teniente Harlow.

Esperaron unos segundos y una puerta se abrió dando paso al teniente Harlow.

Frank se quedó asombrado. Era una mujer, pero no una mujer cualquiera, sino la mujer más hermosa que él había visto en su vida.

CAPITULO II

Tenía veintitrés años y era morena, el rostro bellísimo, con unos ojos grandes, verdes. Y el uniforme le sentaba muy bien porque la ceñía un poco, y con eso demostraba que sus curvas no eran nada despreciables.

—Teniente Eva Harlow —dijo el general Emerson—. Le presento al capitán Frank Connors.

—Ya lo conozco, señor.

Frank Connors contestó mirándola a los ojos:

—Yo no tenía ese placer, señorita Harlow.

—Teniente o doctora Harlow —le corrigió ella con sequedad.

—Conque de Investigación Psicológica.

—Sí, capitán Connors —dijo ella levantando la barbilla—. De Investigación Psicológica.

—Espionaje. Eso es lo que usted hace. ¡Sucio espionaje!

La joven cerró los puños, pero no llegó a decir nada porque fue el general Emerson quien gritó:

—¡Capitán Connors, una palabra más y lo mando a la estación 12-R!

La estación 12-R. estaba instalada en la Luna. Era tan dura la estancia en el satélite de la Tierra que estaba considerada como una prisión.

—Perdón, general, admito que me he excitado un poco.

—Puede retirarse, capitán Connors.

—A sus órdenes, general.

Frank dirigió una última mirada a la gran doctora Harlow.

—La felicito, teniente. Hizo usted un trabajo muy bueno.

Inmediatamente saludó al general y se marchó.

Fue directo a su apartamento. Tenía que hacer la maleta y no disponía de mucho tiempo para salir hacia la Estación 3-R., en el polo Norte.

Cuando tuvo la maleta lista, la cerró y abandonó el apartamento. Todavía disponía de unos minutos y fue al bar restaurante de la base.

Tres compañeros pilotos del Comando estaban al corriente de su traslado.

El teniente Henry Kelbert, un muchacho pelirrojo, de Indiana, le sonrió.

—Bueno, Frank, quizá consigas lo que yo conseguí mientras estuve en la Estación 3-R.

—¿Y qué conseguiste?

—Domesticar a una foca.

Todos rieron y también lo hizo Frank. Pero la sonrisa se le heló en los labios porque vio entrar en el bar a la doctora Eva Harlow.

Sus compañeros eran la primera vez que la veían porque todos se quedaron perplejos.

—Eh, Frank —dijo el pelirrojo—, si el general Emerson quiere conservar la disciplina en la base, no nos debería mandar esas cositas tan bien hechas.

—Pues tened cuidado con ella, muchachos. Es una serpiente de cascabel, con uniforme.

Vio que la doctora Harlow se sentaba en la mesa. Un camarero le dio la carta.

—Con vuestro permiso —dijo Frank a sus amigos y se dirigió hacia la mesa donde estaba la hermosa dama.

—¿Teniente Harlow?

La joven dio un respingo y se le quedó mirando.

—¿Le he asustado, teniente Harlow? Creí que en Investigación Psicológica estarían inmunizados contra los sobresaltos.

—No estoy inmunizada contra ciertos tipos.

—Oh, sí, yo soy uno de ellos.

Frank ocupó una silla.

—Teniente Harlow, ¿cómo me considera? ¿Mineral o vegetal?

—En primer lugar, capitán Connors, no le he invitado a que se siente en mi mesa… En segundo lugar, no me es una persona grata.

—¿Por qué no le soy grata?

—Opino como el general Emerson con respecto a la disciplina.

—Una mujer no debe enamorarse nunca de un compañero.

—No, capitán Connors.

—¿Ha estado enamorada alguna vez?

—Nunca.

—¿Y cómo piensa enamorarse? ¿Por telepatía?

—Su chiste no tiene ninguna gracia.

—Pero insisto en saber cómo piensa enamorarse.

—No discutiré ese asunto con usted.

—¿Dónde estudió, teniente?

—En la Universidad de Los Angeles.

—¿Ciencias Psicológicas?

—Sí, pero también estudié otras materias.

—¿Por ejemplo?

—Medicina. Y en general, Ciencias Naturales, además de Filosofía, Filología y Antropología.

—Debe ser usted una enciclopedia.

—Sé lo suficiente para haber sacado el número uno en la academia de Investigaciones Psicológicas para el Espacio.

—La felicito, teniente. Está usted muy bien preparada para enamorarse de un venusiano. ¿O será de un tipo venido de Júpiter con un par de antenas?

—Sus pretendidas ingeniosidades siguen careciendo de gracia para mí, capitán. Sólo se muestra realmente cómo es.

—¿Y cómo soy?

—Un hombre vulgar.

—Eso es muy interesante, teniente Harlow. ¿Qué se supone que hace un hombre vulgar?

—Vulgaridades.

—Le puse las cosas demasiado fáciles, teniente Harlow. Así que, voy a cometer una vulgaridad.

Se puso en pie, se acercó a la joven y, cogiéndola por la cabeza,

le dio un fuerte beso en la boca.

Cuando se apartó, la joven permaneció inmóvil mirándolo, y esta vez ni siquiera había dado un respingo.

—¿Está satisfecho con el acto vulgar que acaba de cometer, capitán Connors?

—Sí, teniente. Estoy muy satisfecho porque ahora sé lo que es usted.

—¿El qué?

—Una mujer sin sangre en las venas. Una mujer sin corazón. Una mujer que no reacciona ante un representante del sexo contrario. Hizo bien en no enamorarse de un terrícola... Usted debe quedar destinada para algo que llegase de otro planeta. Se lo ha ganado a pulso, teniente Harlow. Le deseo mucha suerte para capturar al padre de los escarabajos.

—¡Y yo le deseo que pase unas felices vacaciones con los osos! ¡Van a encontrar un compañero ideal en usted!

Connors hizo un saludo informal con la mano y se marchó hacia el bar.

Con sus compañeros, estaba el mayor Buster.

—Hola, Frank. Te vienes con nosotros.

—¿Con vosotros?

—Iremos tres aviones hacia la base 3-R. Nosotros llevamos provisiones. Tú te colocarás a la izquierda.

—Bueno, al menos tendré compañía.

—Salimos en diez minutos. Bebe tu último trago.

Frank miró hacia la doctora Harlow.

—Ya bebí mi último trago, mayor, y fue bastante amargo.

—Pues entonces, vamos a la pista.

Frank se despidió de sus compañeros y ya no dirigió una sola mirada a la hermosa Eva Horlow. Quería apartarla de su mente,

borrarla cuanto antes.

Poco después se encontraba a bordo de su avión, “Shelley-22” el avión más rápido del mundo. Tenía forma de cohete con dos alas al final, en la cola. El morro puntiagudo terminaba en una especie de pico de águila. Era el primer avión de aquella potencia que podía ser tripulado por un solo hombre, ya que era dirigido por mandos electrónicos, pilotos automáticos y computadores.

El mayor Buster le habló por el receptor.

—¿Preparado, capitán Connors?

—Listo, mayor Buster.

—Vamos allá. Los tres a la pista de despegue.

Los tres aviones que formaban parte del convoy con destino al polo Norte se instalaron en la pista desde la que debían emprender el vuelo.

—Turbinas atómicas —dijo el mayor Buster.

—Conectadas —repuso Frank.

—Velocidad de piloto automático de despegue 2.000 kilómetros a la hora.

—Correcto.

—¡Cinco...! ¡Cuatro...! ¡Tres...! ¡Dos...! ¡Uno...! ¡Cero...!

Frank Connors movió el botón de despegue.

Y su “Shelley” salió disparado de la pista.

Se elevó en el aire. Miró a la derecha y vio a los otros dos aparatos que habían despegado con la misma velocidad y tomaban altura sincronizadamente.

Diez mil metros..., 12.000... metros, 15.000 metros.

El mayor Buster habló otra vez.

—Techo de vuelo 20.000 metros. Rumbo Norte. Corrijan.

—Valor corregido.

Los aviones llegaron a los 20.000 metros y continuaron su viaje hacia el polo Norte, con un cielo azul. Abajo estaban las nubes.

Frank sonrió pensando en Patty Gibbons. Ella estaría en las selvas del Amazonas, en Fort Rimbo, pero estaba seguro de que encontraría allí a buenos compañeros.

De pronto oyó la voz del mayor Buster.

—Objeto extraño en el radar.

Frank observó la pantalla y vio la señal. El objeto estaba a unos 20.000 metros por encima de ellos.

—Mayor Buster, debe ser un globo sonda lanzado desde algún satélite artificial.

—Sí, eso debe de ser.

La señal permaneció en el lugar donde había sido fijada, pero de pronto empezó a descender.

—¡Mayor Buster a piloto Johnson y a piloto Connors! ¡El objeto se acerca a nosotros a más de 2.000 kilómetros por hora! ¡Preparados cañones laser!

CAPITULO III

El objeto seguía avanzando hacia ellos.

Frank Connors lo vio aparecer brillante como el oro, a 6.000 metros, saliéndoles al encuentro.

Oyó gritar al mayor Buster.

—¡Identifíquese! Vehículo espacial en línea de tiro de “Shelley-22” con destino a la Estación Espacial 3-R. ¡Aquí el mayor Buster! ¡Identifíquese!

Pasaron unos segundos. El objeto seguía avanzando, aunque ahora lo hacía a velocidad un poco menor.

Frank Connors oyó una voz que no era la del mayor Buster ni la de Alan Johnson, que pilotaban otro “Shelley-22”.

—¡Atención terrícolas! Vuestras armas no sirven para batirnos. Exigimos la rendición. Vuelen con nosotros. Tienen que seguirnos. Contesten afirmativamente o los destruiremos.

—Mayor Buster —dijo Frank—. ¿Ha oído eso?

—Sí, Frank, no me he perdido una sola palabra. Y también Johnson me comunica en este momento que escuchó el mensaje. Pero no sé quiénes son.

Alan Johnson intervino:

—Una broma, mayor Buster.

—Nadie puede gastar una broma de esa clase estando a las órdenes del general Emerson.

Se oyó una risa y luego la voz de antes dijo:

—Terrícolas, al parecer quieren una demostración para qué se convenzan de que no es una broma. Pulverizaremos uno de sus tres aviones en tres segundos... ¡Uno...! ¡Dos...! ¡Tres...!

Frank vio cómo el “Shelley-22” de Alan Johnson estallaba en el aire. Fue de súbito. En un segundo sólo quedó de él una pequeña nube en el espacio. Ni siquiera pudo ver sus fragmentos. ¡Había sido realmente pulverizado!

—¡Maldita sea! —oyó al mayor Buster—. ¿Frank, viste eso?

—Sí.

—¡Atención, terrícolas! —Se oyó otra vez la voz—. ¿Están ya convencidos de que no se trata de una broma...?

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el mayor Buster.

—Ya lo sabrán.

—¡Quiero que se identifiquen!

—¡Mayor Buster, obedezca! ¡Tienen que seguirnos! ¡Le voy a conceder un solo minuto de su tiempo para decidirse o los pulverizaremos a todos!

Frank ya estaba llamando a la Base Central, en cabo Kennedy.

—Atención, avión “Shelley-22”, tripulado por el capitán Connors, llamando a la base.

No oyó nada.

—¡Base cabo Kennedy! ¡Base cabo Kennedy!

Inmediatamente escuchó una voz, pero no era la que él esperaba:

—Terrícola, no puede establecer contacto con su base porque nosotros hemos interrumpido toda comunicación. ¡Y usted, mayor Buster, no lo intente tampoco porque no va a adelantar nada! ¡Están solos! ¡Completamente abandonados a su suerte! Y su suerte va a ser muy mala si no obedecen. ¡Faltan muy pocos segundos para que expire el minuto que les concedí!

El mayor habló rápidamente.

—¡Frank, cañones laser!

Connors apretó el botón y ya estaba disparando contra el objeto.

Supo que los haces del rayo laser iban bien dirigidos. Tenían que producir impacto en el objeto que brillaba como el oro.

Pero no pasó nada. El objeto siguió allí, frente a ellos, detenido en el espacio.

Buster gritó:

—¡Mi cañón laser no ha servido para nada!

—El mío tampoco —contestó Frank.

—¡Vuelva a la base, Frank!

—¡Vuelva usted, mayor!

—¡Es una orden, Frank…! ¡Vuelva a la base le digo!

La voz extraña que llegaba de aquel objeto no identificado dijo:

—Ninguno de ustedes volverá a la base para anunciar nuestra presencia. ¡Los dos serán destruidos!

Frank apretó el botón de descenso.

Eso debió librarle del desastre porque vio por encima de él cómo el avión de Buster desaparecía de la misma forma que el “Shelley-22” de Alan Johnson, convertido en una nubecilla.

Al mismo tiempo, oyó un zumbido por encima de el. ¡Le estaban mandando un rayo de aquella arma mortífera!

Pero había logrado burlarla al apartarse de su ruta.

Siguió descendiendo rápidamente 15.000, 10.000, cinco mil metros. Luego emprendió un vuelo rasante.

Ya estaba regresando hacia la base.

Algo explotó abajo, en el mar, y se levantó una columna de agua.

El vehículo espacial enemigo lo estaba siguiendo.

Apretó el botón y cambió el rumbo al Sudoeste.

Otra explosión se produjo delante de él y ahora la columna de agua fue mucho más grande.

Oyó la voz, un poco más lejana, que ya conocía:

—Terrícola, no puede escapar a nosotros. Obedezca o será también destruido. Lo estamos atrapando. No tiene escapatoria.

Frank estaba mirando al radar. El objeto se acercaba rápidamente hacia él. El extraño ser que le hablaba, quienquiera que fuese, tenía razón. No había escape para él. Destruiría su “Shelley-22” como había destruido los otros dos.

Apretó el botón de lanzamiento de la cabina y ésta saltó con él dentro.

Oyó la explosión del aparato en que viajaba. Algo como una oleada de fuego le azotó la cara.

Su cabina se estaba consumiendo como si fuese de plástico. Luego sobrevino un golpe sordo y oyó un chisporroteo. Supo que había caído en el mar.

Pensó que era también su fin y que no le había servido de nada librarse de su “Shelley-22”. Y perdió el sentido.

Frank Connors volvió en sí.

Estaba tendido en un camastro.

Olió a pescado.

—Eh, ¿hay alguien ahí?

Oyó pasos y vio aparecer un rostro por encima de su cabeza.

Era un hombre barbudo.

—¿Quién es usted, amigo?

El amigo movió la cabeza en sentido negativo. Quería decir que no le comprendía.

Frank trató de alzarse, pero interrumpió sus movimientos porque le dolía mucho la cabeza.

—Soy ciudadano de los Estados Unidos de América —dijo—. Hablo inglés. ¿No hay nadie aquí que hable inglés?

El otro le hizo un gesto afirmativo y una señal con la mano para que esperase. Se marchó y al poco rato regresó con un tipo de barba muy rubia.

—¿Se encuentra mejor? —dijo el rubio.

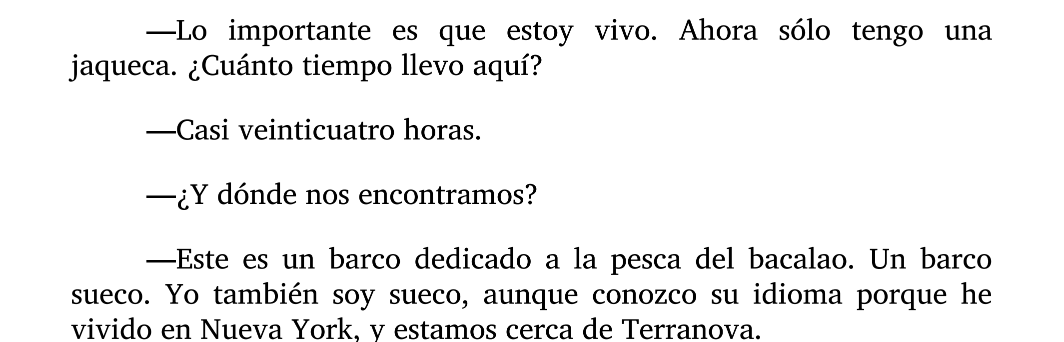
—Como si hubiesen jugado con mi cabeza al rugby. Pero me alegro encontrar a alguien que me entienda —alargó su mano—. Soy Frank Connors, piloto de la base de cabo Kennedy, Florida.

El rubio le estrechó la mano haciendo un gesto de asombro.

—¿Frank Connors ha dicho?

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Y dice que se encuentra… un poco mejor?



—Lo importante es que estoy vivo. Ahora sólo tengo una jaqueca. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Casi veinticuatro horas.

—¿Y dónde nos encontramos?

—Este es un barco dedicado a la pesca del bacalao. Un barco sueco. Yo también soy sueco, aunque conozco su idioma porque he vivido en Nueva York, y estamos cerca de Terranova.

—¿Cómo llegué aquí?

—Lo vi flotando en el mar. Estaba agarrado a los restos de lo que creíamos un naufragio.

—Fue algo más que un naufragio. Pero gracias por salvarme.

Frank titubeó. Se dijo que no valía la pena contarles a aquellos hombres la verdad. Que un vehículo espacial de otro planeta había atacado a una formación de tres “Shelley-22”. Y los tres habían sido pulverizados, aunque él logró salvarse por fracciones de segundo.

—¿Cómo se llama, amigo?

—Olaf Gustavson.

—Le recordaré mientras viva, Olaf. Quiero hablar con su capitán. Necesito volver a la base cuanto antes.

—Hablaré con el capitán.

—Muchas gracias, Olaf.

Olaf se retiró y al cabo de unos minutos volvió con un hombre alto.

—Señor Connors, es nuestro capitán. Peter Andersen.

—Tanto gusto, capitán.

—Me han dicho que quiere regresar a su base.

—Sí, capitán, necesito regresar cuanto antes.

—Me temo que no le conviene.

—¿Cómo ha dicho?

—Que no le conviene volver.

Frank miró a los ojos de Peter Andersen.

—¿Por qué, capitán? ¿Por qué no me conviene volver...?

—Formamos parte de una flota de cincuenta barcos Todas las mañanas recibimos los periódicos. Nos lo trae un helicóptero. Quiero que vea el de esta mañana.

Peter Andersen lo sacó de su bolsillo y lo extendió ante Frank.

Era la primera página y Frank pudo leer:

«El capitán Frank Connors, del Comando Espacial Cabo Kennedy, sufre un ataque de locura. Ataca en su "Shelley-22", con el cañón laser, a otros dos "She lley-22"" que le acompañaban al polo Norte, y luego se suicida arrojándose con su aparato al mar.»

—Eso es absurdo, capitán. Yo no sufría ningún ataque de locura.

—Pensé que era mi deber advertírselo por si quería acogerse a nuestra bandera, puesto que está en un barco sueco.

—Es usted muy amable, capitán, pero quiero hablar por radio con cabo Kennedy. ¿Me haría usted el favor...?

—Desde luego.

Poco después, Frank, con el capitán Andersen, se encontraba en el cuarto del radiotelegrafista, el cual, siguiendo las instrucciones del capitán, se puso en contacto con la base de cabo Kennedy.

Lograda la comunicación Frank hizo uso de la palabra a través del micro.

—Atención, oficial de comunicaciones de cabo Kennedy, aquí el capitán Frank Connors. Quiero hablar directamente con el general Emerson. ¿Me oyó bien? General Emerson.

—Sí, señor.

Tuvo que esperar cinco minutos y luego oyó la voz del general.

—¿Quién infiernos es usted?

—El capitán Frank Connors.

—Es difícil que lo crea.

—General, usted me envió a la Estación 3-R. por mi falta de indisciplina con respecto a las mujeres. Concretamente, fui sorprendido con Patty Gibbons en su apartamento, gracias al trabajo de la teniente Eva Harlow, de Investigación Psicológica.

—Está muy bien enterado. Tiene que ser Connors.

—Y no sufrí ningún ataque de locura.

—¿Qué dice?

—Que no sufrí ningún ataque de locura.

El radio telegrafista había empezado por dar la situación del barco, de modo que el general Emerson, ya sabía dónde estaba Connors.

—Capitán Connors, irán a recogerlo en breve plazo. Esté preparado.

—Sí, señor.

Frank se despidió del capitán y quedó muy reconocido a Olaf por haberle salvado la vida.

Llegó de cabo Kennedy un hidroavión con turbinas atómicas, pilotado por tres hombres, y el comandante era Michael Mac Laren, que conocía Frank.

—Frank, te has metido en un buen lío —dijo Mac Laren—. El general Emerson te tiene preparado un consejo de guerra para cuando llegues. Y ya sé lo que pide el fiscal para ti. La pena de muerte.

CAPITULO IV

El general Emerson parecía un oso enjaulado cuando el capitán Connors entró custodiado por dos hombres que manejaban metralletas laser, y por el teniente Harry Mayer.

El general se detuvo en sus pasos y miró con ojos llenos de ira a Frank.

—Capitán Connors —señaló una puerta de la derecha—; ahí están reunidos los hombres que formarán el tribunal. También tiene su defensor. Pero, por todos los cielos, él no podrá hacer nada por usted. Sólo una persona lo puede salvar. La teniente Eva Harlow, de Investigación Psicológica. Si ella prueba que usted pudo ser víctima de un momentáneo ataque de locura...

—No sufrí ningún ataque de locura, general Emerson. Yo no abatí a mis compañeros. Fui sorprendido por un vehículo espacial de otro planeta.

—¡Ahora es cuando creo que está loco!

Emerson dio dos pasos hacia Connors.

—Tenemos todas las pruebas, capitán.

—No sé a qué llama usted pruebas.

Emerson hizo chasquear los dedos hacia el teniente Harry Mayer, el cual manejó un magnetófono.

La cinta empezó a deslizarse y una voz salió de ella la del mayor Buster.

“¿Qué infiernos le pasa, Connors? No descomponga la formación. Le dije 20.000 metros de techo. ¿Por qué se va hacia la coordenada 14? ¡Vuelva acá! ”

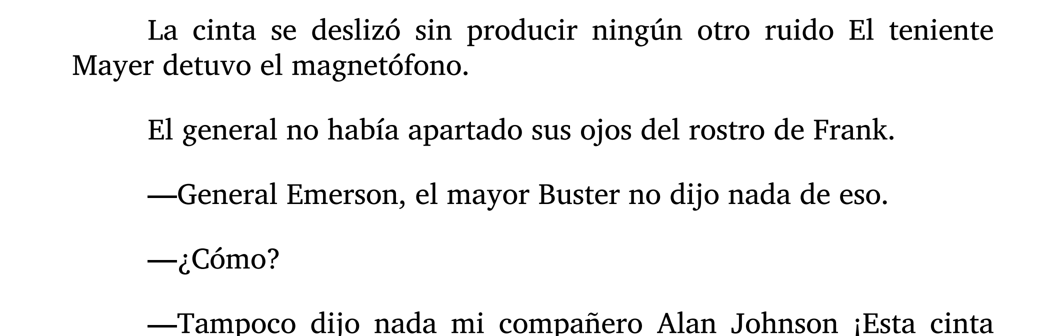
Luego se oyó la voz de Alan Johnson.

“¡Mayor Buster, FrankConnors viene hacia nosotros! ¡Parece que pretende atacarnos! ¡Ha disparado su cañón laser! ”

Luego se oyó una explosión y en seguida gritó el mayor Buster.

“¡Capitán Connors! ¡Está loco! ¡Ha derribado a Alan Johnson! ¡Pase por encima de mí! ¡Es una orden! ¡No dispare...! ¡No dispare! ”

Se oyó la segunda explosión y luego nada.



La cinta se deslizó sin producir ningún otro ruido El teniente Mayer detuvo el magnetófono.

El general no había apartado sus ojos del rostro de Frank.

—General Emerson, el mayor Buster no dijo nada de eso.

—¿Cómo?

—Tampoco dijo nada mi compañero Alan Johnson ¡Esta cinta fue preparada!

—¿Cómo se atreve usted a hacer semejante acusación, Connors? ¡Estas palabras fueron grabadas por el Registro de Control del Espacio!

—¡No pudieron ser la voces originales del mayor Buster y del teniente Alan Johnson! ¡El vehículo espacial con que nos enfrentamos interrumpió nuestra comunicación con la base!

Hubo un silencio.

—Capitán Emerson —dijo el general—, yo en su lugar me declararía culpable. Está claro que, si usted ha vuelto a la base y pretende negar algo tan cierto como esa grabación —señaló la cinta donde estaba la supuesta prueba—, es indudable que fue víctima de un ataque cerebral o como quiera llamarlo la teniente Harlow.

—¡Le repito que fue una nave espacial extraña! ¡Yo disparé contra ella mi rayo laser!

—Y no le dio —dijo el general con sarcasmo.

—Sí, general, mi rayo laser llegó a su objetivo, pero dio la casualidad de que la nave enemiga estaba inmunizada contra el rayo laser.

—Capitán Connors, no estoy dispuesto a oír tonterías. Va a ser sometido a consejo de guerra. Pero antes de ello, le concederé el derecho que tiene a ser observado médicamente. Soldados, acompañen al capitán Connors al gabinete de la teniente Harlow.

Frank gritó:

—¡General, le aseguro que no tengo necesidad de ser observado por ningún doctor!

—¡Obedezca!

—Sí, señor.

La doctora Harlow lo vio entrar en su gabinete acompañado por los soldados, y dijo a éstos:

—Por favor, ¿quieren esperar fuera?

Los soldados salieron al pasillo.

Frank cruzó los brazos.

—Bien, doctora. Ya llegó su conejillo de indias. ¿Qué va a hacer conmigo?

Eva Harlow estaba muy bella con su bata blanca que contrastaba con el negro azabache de su cabello y su piel bronceada. Bajo la bata llevaba un jersey negro.

—Capitán, ¿quiere hacer el favor de tenderse en esa mesa? —La estaba señalando.

—He preguntado, ¿qué va a hacer conmigo?

—Unas cuantas cosas para conocer sus reacciones.

—Muy bien. Usted es la que juega.

—Eso no es un juego, capitán Connors. ¿Necesito recordarle que está pendiente de un consejo de guerra?

—No necesita recordármelo. Me lo anunció el general y lo tengo bien presente.

Se tendió en la mesa que Eva Harlow le había indicado.

La doctora le miró la presión arterial y la temperatura.

—Su tensión es 12. Su temperatura 36,5. Completamente normal.

—Lo celebro.

Eva Harlow le aplicó unos electrodos en la cabeza.

—¿Qué es eso, doctora?

—Quiero ver cómo está su mente.

—Mi mente está muy bien.

—No replique, capitán Connors. Yo soy quien examina.

Se encendió una pantalla y en ella se vio un gráfico. Varias agujas trazaban rayas hacia arriba o hacia abajo.

—Conteste a mis preguntas, capitán.

—Estoy preparado.

—¿Por qué atacó a sus compañeros?

—¡No ataqué a mis compañeros!

—Usted había sido dado de baja en el Comando Espacial, y eso significó para usted la ruptura con su presente. Usted deseó matar al general Emerson, el causante de su postergación. Pero usted no tenía allí al general Emerson para matarlo. Sin embargo, lo vio reflejado en cada uno de sus compañeros que tripulaban el “Shelley-22”. Y por eso los atacó. Para librarse del general Emerson.

—No ocurrió nada de eso. Una nave espacial extraña surgió delante de nosotros. Brillaba como el oro. Había venido mucho más arriba. Se presentó a una velocidad de 2.000 kilómetros por hora. Pero luego pareció detenerse. Una voz que hablaba en nuestro idioma dijo que nos entregásemos o nos destruiría. Y lo hizo. Primero acabó con Johnson. Luego con el mayor Buster. Pero unos segundos antes de que el mayor Buster pereciese, me dio la orden de regresar a cabo Kennedy. Yo disparé mi cañón laser contra la nave enemiga, pero no me sirvió para nada. La nave enemiga me siguió. Me disparó dos veces. Se estaba acercando cada vez más, y pensé que no tenía escapatoria. Pulsé el botón del lanzamiento de cabina, justo a tiempo cuando mi "Shelley-22” era alcanzado. La cabina empezó a descomponerse, pero ya estaba llegando al mar. Choqué y perdí el sentido. Cuando desperté, estaba en un barco sueco.

Mientras Connors hablaba, la doctora no había dejado de observar el gráfico.

Eva le quitó los electrodos.

—Siéntese y míreme a los ojos.

Frank hizo lo que ella le pedía.

—Capitán Connors, quiero que se relaje.

—¿Para qué?

—Para hipnotizarlo.

—Ya me tiene hipnotizado con su figura. Está muy mona con esa batita.

—¡Déjese de bromas, capitán! ¡Esto es muy serio!

—Sí, en esto estoy de acuerdo. Usted es una cosa muy seria. —La miró de pies a cabeza.

Ella dio una patadita en el suelo.

—Capitán, se está usted jugando la vida. Míreme a los ojos.

—Está bien. No se sulfure.

La miró a los ojos.

—Capitán, usted carece de voluntad. Usted la va perdiendo poco a poco. Va a ser un sujeto pasivo. Hará todo cuanto yo le diga.

—Sí, teniente Harlow.

—Tómese más tiempo. Todavía está luchando contra mi poder y tiene que someterse a él. Usted hará cuanto yo le diga. ¿Lo entiende? Todo lo que yo le diga.

Frank la cogió por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó en la boca.

Eva Harlow forcejeó y cuando se soltó gritó:

—¡Capitán Connors, le ordené que me obedeciese!

—¡Creí que me pedía un beso!

—¡No le pedí ningún beso!

—Qué lástima. Lo que se pierde uno cuando lo hipnotizan.

—¡Capitán Connors, su absurda actitud rompe todas las reglas!

—Dígame, doctora. ¿Qué es lo que va a decir en mi consejo de guerra?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? ¿Qué fue lo que sacó de ese gráfico mental que me hizo?

—Positivo.

—¿Qué clase de positivo?

—Que usted se encuentra en el pleno uso de sus facultades mentales.

—Gracias.

La joven lo miró asombrada.

—¿Es que no se da cuenta de que mi informe positivo lo condena irremediablemente a usted? ¡Mi informe tenía que haber sido negativo! Usted debió sufrir una perturbación mental.

—No la sufrí, doctora Harlow, y por tanto, esté preparada para decir la verdad.

—¡Lo condenarán a muerte!

—No se preocupe, doctora Harlow. Es mi consejo de guerra. No el suyo.

CAPITULO V

El fiscal, el coronel Charles Price, no tuvo piedad con el procesado.

—¡Señores del tribunal! A través de mi interrogatorio al procesado, ha quedado bien patente su indisciplina y de qué forma el general Emerson le sancionó enviándole a la Estación 3-R, del polo Norte. Gracias a la cinta magnetofónica de Control del Espacio, tenemos una grabación de los últimos momentos del mayor Buster y del teniente Alan Johnson. No necesito ahondar demasiado en algo que han podido oír todos ustedes.

Se volvió bruscamente y señaló con el brazo extendido al reo.

—El capitán Frank Connors atacó a sus dos compañeros, asesinándolos, destruyendo sus “Shelley-22”. Esa es mi acusación, señores del tribunal. Y por ello pido la pena de muerte para el capitán Frank Connors… Es su turno, defensor.

El defensor era el comandante Eddie Vadim.

—Llamo como testigo a la doctora, teniente Eva Harlow.

Eva Harlow entró y, después de prestar juramento, ocupó la silla de los testigos.

—Teniente Harlow —dijo el defensor—, ¿tiene ya su informe médico con respecto a Frank Connors?

—Sí, comandante Vadim.

—Queremos oírlo.

—Frank Connors sufrió una perturbación mental muy grave mientras viajaba en su “Shelley-22” hacia la Estación 3-R.

Frank se quedó asombrado al oír aquello. La doctora Harlow había cambiado su diagnóstico.

El comandante Vadim siguió preguntando:

—¿Quiere decir que atacó a sus compañeros sin ser dueño de sus actos?

—Sí, comandante.

—¿Por qué?

—Debió ver en cada “Shelley-22” una nave extraña que llegaba de otro planeta.

Frank sintió que la sangre hervía en sus venas. Por un momento, pensó que la doctora Harlow había falseado su informe para salvarlo, pero ahora se demostraba que lo consideraba un perturbado. Él había estado luchando contra un vehículo espacial que sólo había existido en su mente.

El fiscal se levantó furioso.

—¡Protesto, general Emerson! Dije al comienzo de este juicio que se nos pretendía colocar un cuento de hadas. ¡Y ya llegó el momento! El procesado ha hablado de esa nave espacial, pero ninguno de nosotros hemos creído semejante patraña. Y ahora, el defensor pretende que demos crédito a su testigo. Y para ello, nada mejor decir que el capitán Connors se volvió loco y pensó que los "Shelley-22" de sus compañeros eran naves extrañas de otro planeta.

El defensor respondió:

—Señor presidente, estoy interrogando al testigo. El fiscal tendrá oportunidad de interrogarlo también.

—Rechazada la protesta del fiscal. El defensor puede continuar.

—Doctora Harlow, ¿cómo se llama desde el punto de vista médico lo que le ocurrió al capitán Connors?

—Obnubilación mental transitoria.

—¿Y qué quiere decir?

—Que en la mente del capitán Connors se produjo una gran confusión y eso provocó reacciones violentas en su cuerpo. Los bombeos de su corazón aumentaron y llegó demasiada sangre a su cerebro. En algunos casos, se produce una pérdida total o parcial de la vista. En otros, una excitación tan terrible que el sujeto se siente absolutamente rebelde, en oposición al mundo que le rodea, del que se cree víctima, y entonces reacciona brutalmente, queriendo destruir lo que encuentra más cerca.

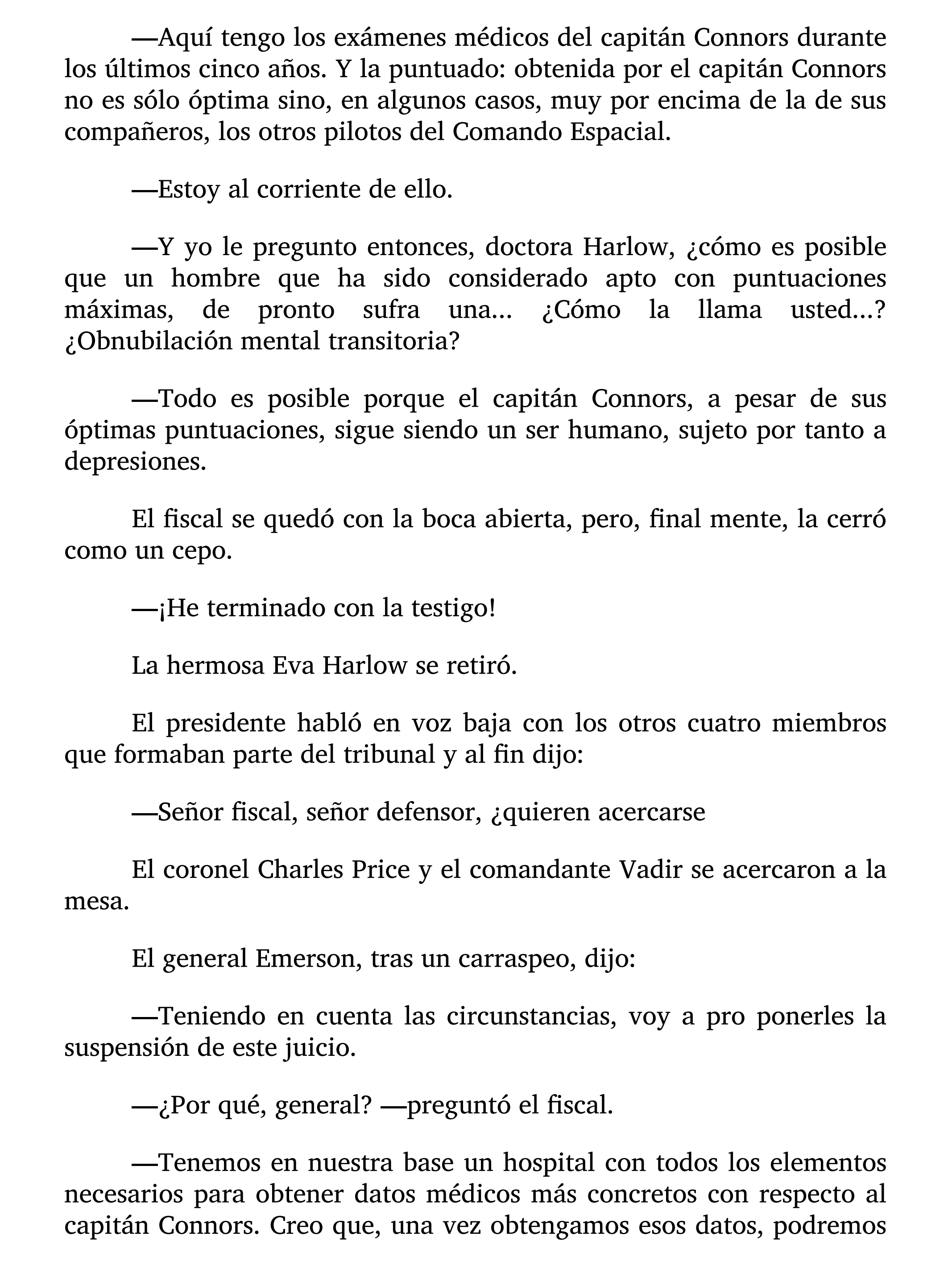
—Gracias, doctora, Harlow. Nada más. Su turno fiscal.

El fiscal se levantó y avanzó con grandes zancadas hacia la testigo.

—Teniente Harlow, ¿sabe que los pilotos del Comando Espacial han sufrido exámenes médicos exhaustivos antes de ser considerados

aptos para ese servicio?

—Sí, señor.



El fiscal levantó un papel que tenía en la mano.

—Aquí tengo los exámenes médicos del capitán Connors durante los últimos cinco años. Y la puntuado: obtenida por el capitán Connors no es sólo óptima sino, en algunos casos, muy por encima de la de sus compañeros, los otros pilotos del Comando Espacial.

—Estoy al corriente de ello.

—Y yo le pregunto entonces, doctora Harlow, ¿cómo es posible que un hombre que ha sido considerado apto con puntuaciones máximas, de pronto sufra una... ¿Cómo la llama usted...? ¿Obnubilación mental transitoria?

—Todo es posible porque el capitán Connors, a pesar de sus óptimas puntuaciones, sigue siendo un ser humano, sujeto por tanto a depresiones.

El fiscal se quedó con la boca abierta, pero, final mente, la cerró como un cepo.

—¡He terminado con la testigo!

La hermosa Eva Harlow se retiró.

El presidente habló en voz baja con los otros cuatro miembros que formaban parte del tribunal y al fin dijo:

—Señor fiscal, señor defensor, ¿quieren acercarse

El coronel Charles Price y el comandante Vadir se acercaron a la mesa.

El general Emerson, tras un carraspeo, dijo:

—Teniendo en cuenta las circunstancias, voy a pro ponerles la suspensión de este juicio.

—¿Por qué, general? —preguntó el fiscal.

—Tenemos en nuestra base un hospital con todos los elementos necesarios para obtener datos médicos más concretos con respecto al capitán Connors. Creo que, una vez obtengamos esos datos, podremos

seguir este consejo de guerra con más probabilidades de hacer justicia.

—Aprobado por mi parte —dijo el defensor.

El fiscal se rascó detrás de una oreja.

—General Emerson, si el tribunal lo propone, no tengo más remedio que dar mi consentimiento. ¡Pero sigo pensando que el capitán Frank Connors no merece esta oportunidad!

El general Emerson pegó un martillazo en la mesa y dijo:

—Se suspende el juicio hasta nueva orden.

* * *

Frank Connors se encontraba fumando un cigarrillo ante la ventana de su habitación, la número 345 del hospital de cabo Kennedy.

Ya habían pasado tres días desde su encuentro con la extraña nave espacial.

No, no había sido una invención de su cerebro. Él sabía que aquella nave espacial había existido realmente. Se había enfrentado con ella y con su arma poderosa que había abatido a los tres "Shelley-22”, ocasionando la muerte instantánea al mayor Buster y al teniente Johnson.

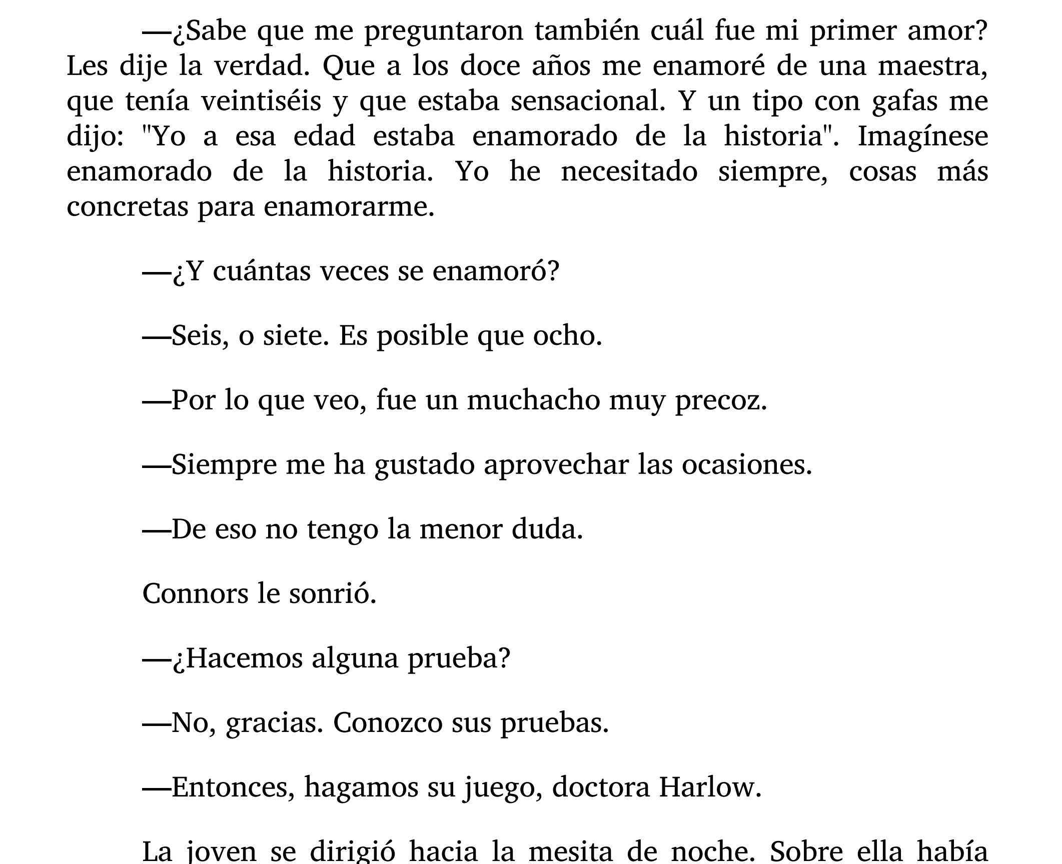
La puerta se abrió interrumpiendo sus pensamientos.

Allí estaba la hermosa doctora Eva Harlow.

—¿Cómo se encuentra hoy, capitán Connors?

—Ya era hora de que la viese. He pasado por manos de seis matasanos, y todo el rato se lo pasaron diciendo tonterías. Tengo la impresión de que me han estrujado la cabeza como si fuese un limón. Me han preguntadohasta si me hacía pis en la cama cuando era niño.

La joven sonrió, pero en seguida quedó muy seria y Frank prosiguió:



—¿Sabe que me preguntaron también cuál fue mi primer amor? Les dije la verdad. Que a los doce años me enamoré de una maestra, que tenía veintiséis y que estaba sensacional. Y un tipo con gafas me dijo: "Yo a esa edad estaba enamorado de la historia". Imagínese enamorado de la historia. Yo he necesitado siempre, cosas más concretas para enamorarme.

—¿Y cuántas veces se enamoró?

—Seis, o siete. Es posible que ocho.

—Por lo que veo, fue un muchacho muy precoz.

—Siempre me ha gustado aprovechar las ocasiones.

—De eso no tengo la menor duda.

Connors le sonrió.

—¿Hacemos alguna prueba?

—No, gracias. Conozco sus pruebas.

—Entonces, hagamos su juego, doctora Harlow.

La joven se dirigió hacia la mesita de noche. Sobre ella había unos cuantos periódicos.

—¿Qué busca en los periódicos, capitán Connors?

—Noticias.

—¿Qué clase de noticias?

—Noticias extrañas, pero no encuentro ninguna.

—Entiendo, cree que esa nave espacial puede haber sido vista por otras personas.

—Esa fue mi esperanza. Pero no ha habido ningún otro sujeto que sufra obnubilación mental transitoria.

Alguien llamó a la puerta.

Entró un enfermero.

—Más periódicos, capitán Connors.

Traía cuatro que dejó en una mesita. —Gracias, Joe.

El enfermero se marchó.

Frank fue hacia la mesa y cogió uno de los periódicos. Empezó a mirar las hojas.

—Póngase cómoda, teniente Harlow.

—He venido para hacerle un examen.

—¿No lo está haciendo ya?

—Sí, pero debo continuar.

—Continúe. Puede preguntar mientras yo observo estos periódicos.

Terminó de examinar el primero. No había encontrado nada que llamase su atención.

—¿Qué le pasa, señorita Harlow? ¿Por qué no pregunta?

—¿Qué forma tenía esa nave extraña?

—Vaya, es la primera vez que alguien me hace esa pregunta…

Frank había cogido otro periódico. De pronto sus ojos se detuvieron en un rincón de una de las páginas. En él se leía: “Ciudad del Pakistán arrasada”. La noticia era muy corta. Una aldea de 4.000 habitantes había sido arrasada durante la noche. La causa era el desprendimiento de una montaña que había caído sobre la aldea, sepultándola. La aldea se llamaba Hodgart.

Esa noticia no tendría nada de particular si abajo no hubiese otra.

En otra aldea del Pakistán, Tabur, unos campesinos habían visto un objeto que brillaba como el oro. Se suponía que era un globo, sonda, a pesar de que los campesinos habían quedado alarmados.

CAPITULO VI

Frank Connors apartó la mirada del periódico.

—Eva, tiene que ayudarme.

—Le estoy ayudando, capitán.

—Olvídese de su maldita ciencia. La ayuda que requiero de

usted es de otra clase.

—¿A qué se refiere?

—Debo llegar a la pista de aterrizaje.

—¿Para qué?

—Para tripular un "Shelley-22".

—¿Con qué objeto?

—Debo volar al Pakistán.

Eva cruzó los brazos bajo los insultantes senos.

—Ande, dígame ahora que se ha enamorado de una preciosa oriental, y que no puede vivir sin ella.

—Eva, no estoy para bromas. Lea estas dos noticias.

Frank le entregó el periódico y Eva leyó donde él le señalaba.

—Cree que tiene una relación con su historia.

—Sí, Eva. Estoy seguro de que la tiene.

—Aquí dice que la aldea Hodgart fue destruida por el desprendimiento de una montaña.

—¡Y un cuerno! Fue destruida por esa nave que los aldeanos vieron.

—Según usted, extraños seres llegados de un planeta han comenzado a destruir la Tierra.

—Podría ser.

—¿Me da su mano, capitán?

—Aquí la tiene.

—Su pulso es bueno.

—Gracias.

—Le tomaré la temperatura.

Frank la estrechó entre sus brazos.

—Eva, mi temperatura sólo aumenta cuando la tengo a usted cerca.

—No me interesa conocer sus métodos de conquista amorosa, capitán Connors. ¿Quiere soltarme?

Frank no la soltó. La siguió apretando contra sí y dijo:

—Eva, es usted muy hermosa, y bella y muy excitante.

—Gracias, me conmueve con sus halagos.

—Pero no me interesa usted lo más mínimo en estos momentos, desde un punto de vista amoroso, como usted dice. Quiero ir al Pakistán. Sólo eso. ¡Y no me puedo abrir paso a golpes desde aquí hasta la pista de aterrizaje!

—¿Qué quiere de mí?

—Primero; Que me facilite un pase para salir del hospital. Segundo: Que entretenga al guardián, que nos encontremos cerca de un "Shelley-22”. Tercero: Que no informe a nadie del lugar al que me dirijo. Tengo que hacer un trabajo secreto y, si alguien me persiguiese, ellos podrían darse cuenta de que algo malo ocurre.

—¿Ellos?

—Ya sabe a quiénes me refiero.

—Oh, sí, a los extraños seres de otro planeta.

—Eva, ¿me cree realmente loco?

—No.

—¿Ha pensado realmente que yo sufrí esa obnubilación absurda?

—A otros les ha ocurrido.

—A mí no me ocurrió, y esto es muy importante, Eva. Tan importante que quizá nuestros hijos no puedan contarlo. Esa gente posee una poderosa arma, mucho más potente y más destructiva que cualquier otra que nosotros poseamos. Vi cómo los “Shelley-22” se pulverizaban en el aire. Y de ellos sólo quedó una nubecilla. Fueron

absolutamente desintegrados y, con un arma como ésa, ellos pueden ser los amos del mundo o destruirnos sin previo aviso. Yo sé lo que digo, Eva. Tengo el deber de impedir la catástrofe que nos amenaza. ¡Yo soy el único que puede hacerlo!

—Está bien.

—¿Hará lo que le pido?

—Sí, aunque no estoy segura de obrar con arreglo a mi deber.

—Está usted cumpliendo con un deber por encima de cualquier otro. El deber que tiene para salvar a la humanidad.

—Espero que tenga razón.

La joven redactó el pase y lo firmó. —Espéreme en la pista número cuatro, Eva.

—De acuerdo.

* * *

Frank Connors no encontró dificultad en salir del hospital.

Se había puesto su uniforme, gabardina y llevaba gafas oscuras.

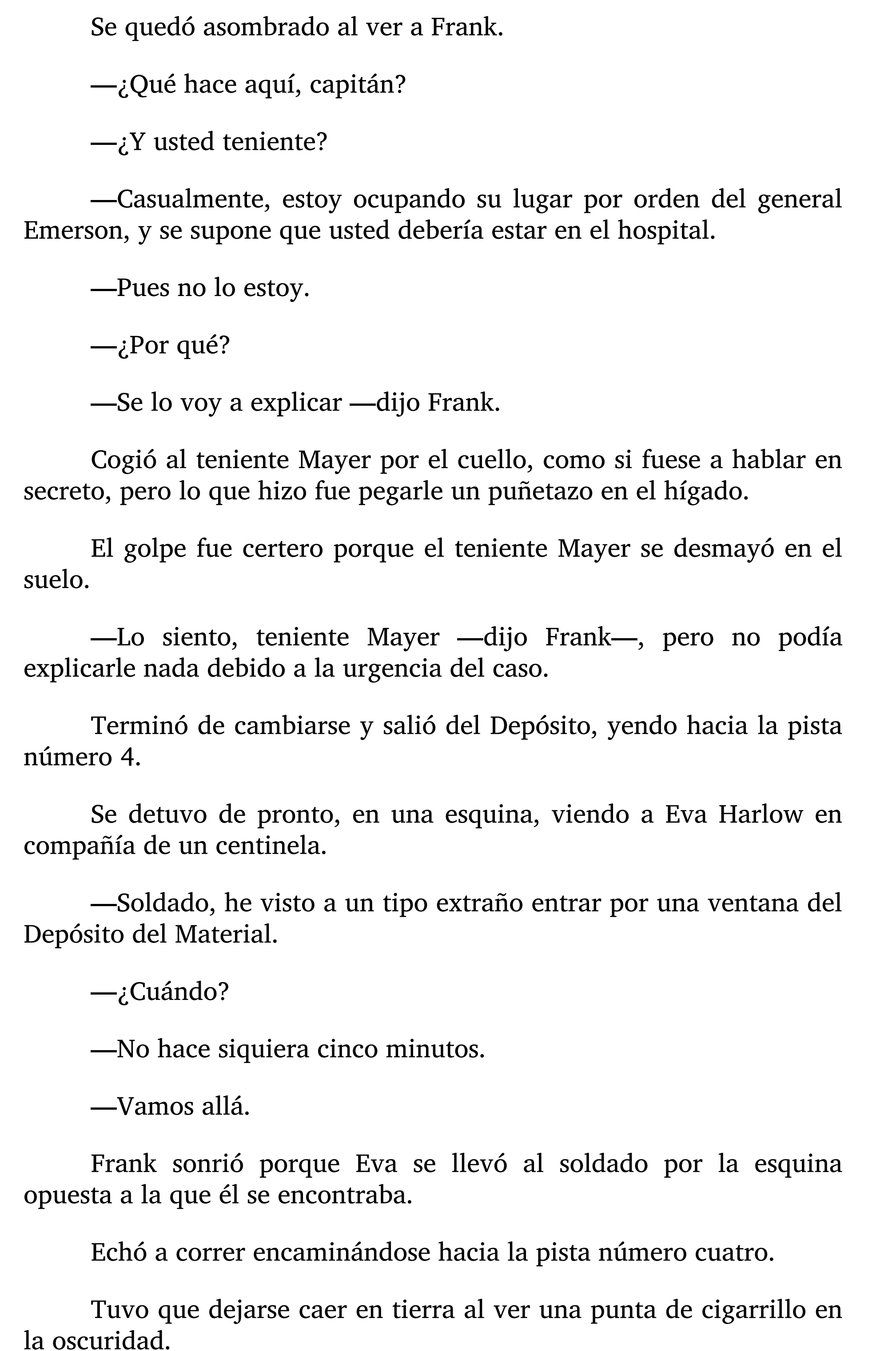
Era de noche.

Tenía que ir en primer lugar al depósito de material de vuelo. Conservaba la llave de su cabina, donde tenía todo lo que necesitaba para vestirse de piloto.

Un centinela estaba haciendo la guardia de un lado a otro. Esperó a que se alejase, y se metió en el depósito.

Fue directamente a su cabina y empezó a cambiarse rápidamente.

Entonces se abrió una puerta y apareció el teniente Mayer que venía de realizar algún servicio como piloto pues esa era su vestimenta.



Se quedó asombrado al ver a Frank.

—¿Qué hace aquí, capitán?

—¿Y usted teniente?

—Casualmente, estoy ocupando su lugar por orden del general Emerson, y se supone que usted debería estar en el hospital.

—Pues no lo estoy.

—¿Por qué?

—Se lo voy a explicar —dijo Frank.

Cogió al teniente Mayer por el cuello, como si fuese a hablar en secreto, pero lo que hizo fue pegarle un puñetazo en el hígado.

El golpe fue certero porque el teniente Mayer se desmayó en el suelo.

—Lo siento, teniente Mayer —dijo Frank—, pero no podía explicarle nada debido a la urgencia del caso.

Terminó de cambiarse y salió del Depósito, yendo hacia la pista número 4.

Se detuvo de pronto, en una esquina, viendo a Eva Harlow en compañía de un centinela.

—Soldado, he visto a un tipo extraño entrar por una ventana del Depósito del Material.

—¿Cuándo?

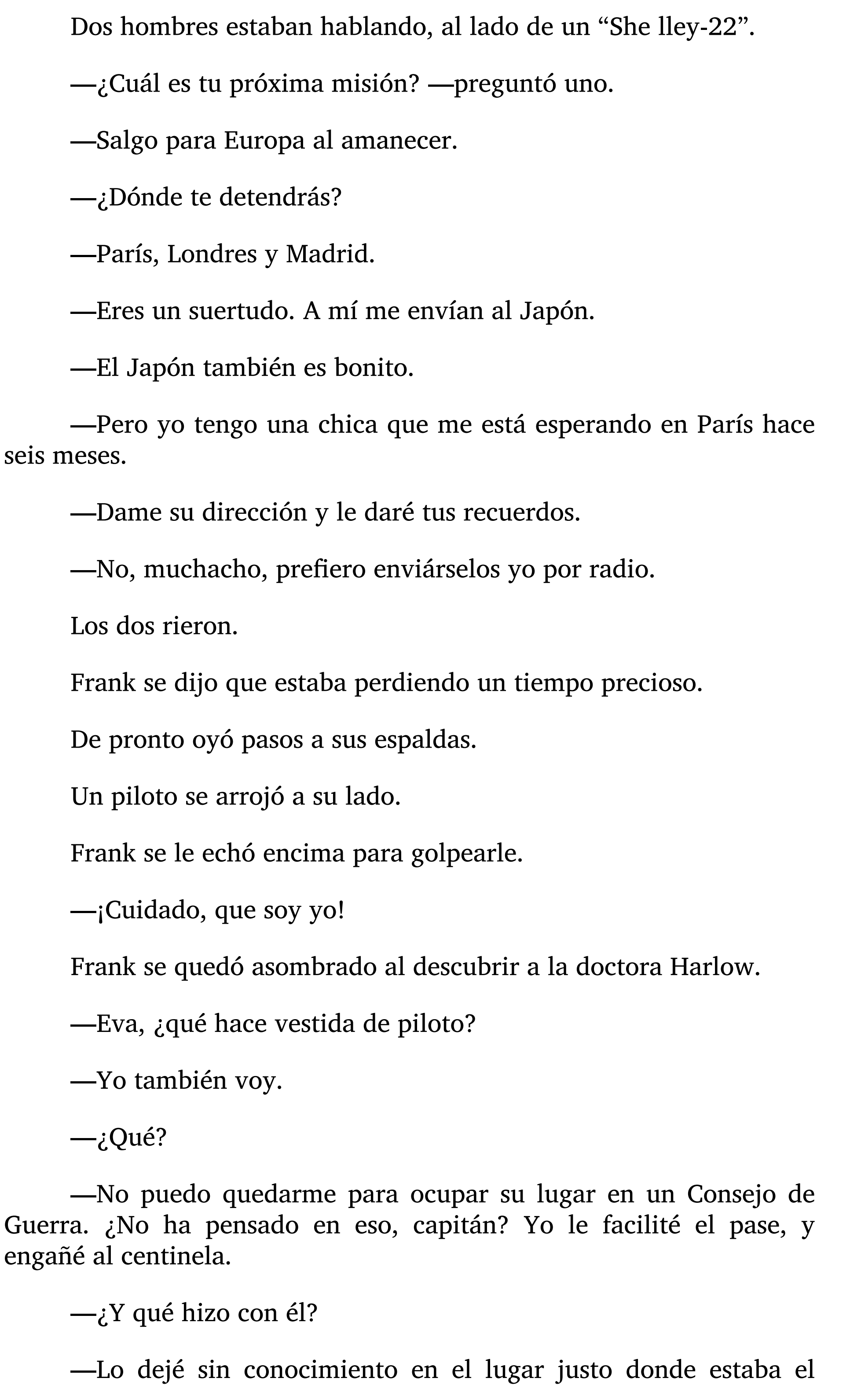
—No hace siquiera cinco minutos.

—Vamos allá.

Frank sonrió porque Eva se llevó al soldado por la esquina opuesta a la que él se encontraba.

Echó a correr encaminándose hacia la pista número cuatro.

Tuvo que dejarse caer en tierra al ver una punta de cigarrillo en la oscuridad.



Dos hombres estaban hablando, al lado de un “She lley-22”.

—¿Cuál es tu próxima misión? —preguntó uno.

—Salgo para Europa al amanecer.

—¿Dónde te detendrás?

—París, Londres y Madrid.

—Eres un suertudo. A mí me envían al Japón.

—El Japón también es bonito.

—Pero yo tengo una chica que me está esperando en París hace seis meses.

—Dame su dirección y le daré tus recuerdos.

—No, muchacho, prefiero enviárselos yo por radio.

Los dos rieron.

Frank se dijo que estaba perdiendo un tiempo precioso.

De pronto oyó pasos a sus espaldas.

Un piloto se arrojó a su lado.

Frank se le echó encima para golpearle.

—¡Cuidado, que soy yo!

Frank se quedó asombrado al descubrir a la doctora Harlow.

—Eva, ¿qué hace vestida de piloto?

—Yo también voy.

—¿Qué?

—No puedo quedarme para ocupar su lugar en un Consejo de Guerra. ¿No ha pensado en eso, capitán? Yo le facilité el pase, y engañé al centinela.

—¿Y qué hizo con él?

—Lo dejé sin conocimiento en el lugar justo donde estaba el

teniente Mayer.

Frank se pasó una mano por la cara.

—Maldita sea, ¿por qué la habré conocido?

—¿Es qué no se acuerda? Soy hermosa, bella y excitante...

—Sí, sobre todo, excitante. Lo es tanto que me dan ganas de estrangularla. ¿Qué infiernos sabe usted de los “Shelley-22”?

—Todo lo que hay que saber. Aprobé un curso de piloto.

—Y sacó el número uno.

—Sí.

—¿Y por qué no la ha utilizado el general Emerson?

—Porque el general Emerson sabe lo que se hace.

Los dos pilotos que charlaban empezaron a alejarse hacia el edificio donde estaba el bar-restaurante.

—Eva, por última vez, quédese aquí.

—No me quedo, y será mejor que no intente dejarme sin conocimiento porque, en cuanto me recupere, iré detrás de usted. Así que elija. Vamos juntos, o voy después que usted.

Frank hizo rechinar los dientes.

—Esto me lo va a pagar, Eva.

—Espere a que abran la ventanilla de reclamaciones.

—¿Qué infiernos estamos esperando? ¡Larguémonos!

Se levantaron y fueron hacia los “Shelley-22”.

—Este es el suyo, Eva. Y ojalá recuerde cómo se maneja.

—Arriba, polizón.

Cogió de una pierna a Eva y la ayudó a subir a la cabina.

—Listo, prófugo.

Frank se fue corriendo hacia otro “Shelley-22”, que estaba en línea con el de Eva.

Apenas subió a la cabina, se encendió una luz roja y oyó una voz.

—Atención pista número, 4. Torre de Control a pilotos del "Shelley-22”. ¡Salten a tierra inmediatamente! ¡No hay ningún servicio autorizado! ¡Tienen un minuto para desalojar los aviones!

Frank le hizo una señal a Eva.

—¡Adelante!

Apretaron el botón de marcha.

Los dos “Shelley-22” empezaron a correr.

La voz de la Torre de Control, llegó enérgica.

—¡Aviones “Shelley-22”! ¡Vuelvan al punto de partida! ¡Servicio de vuelo no autorizado!... ¡Sabotaje! ¡Levanten redes para impedir vuelo!... ¡Redes metálicas en acción!

Frank sentía el fuerte latido de sus sienes. En diez segundos tendrían que estar volando.

Ya habían llegado a la pista de lanzamiento.

Se puso en contacto con Eva.

—Eva, ¿me oyes? —la tuteó.

—Sí.

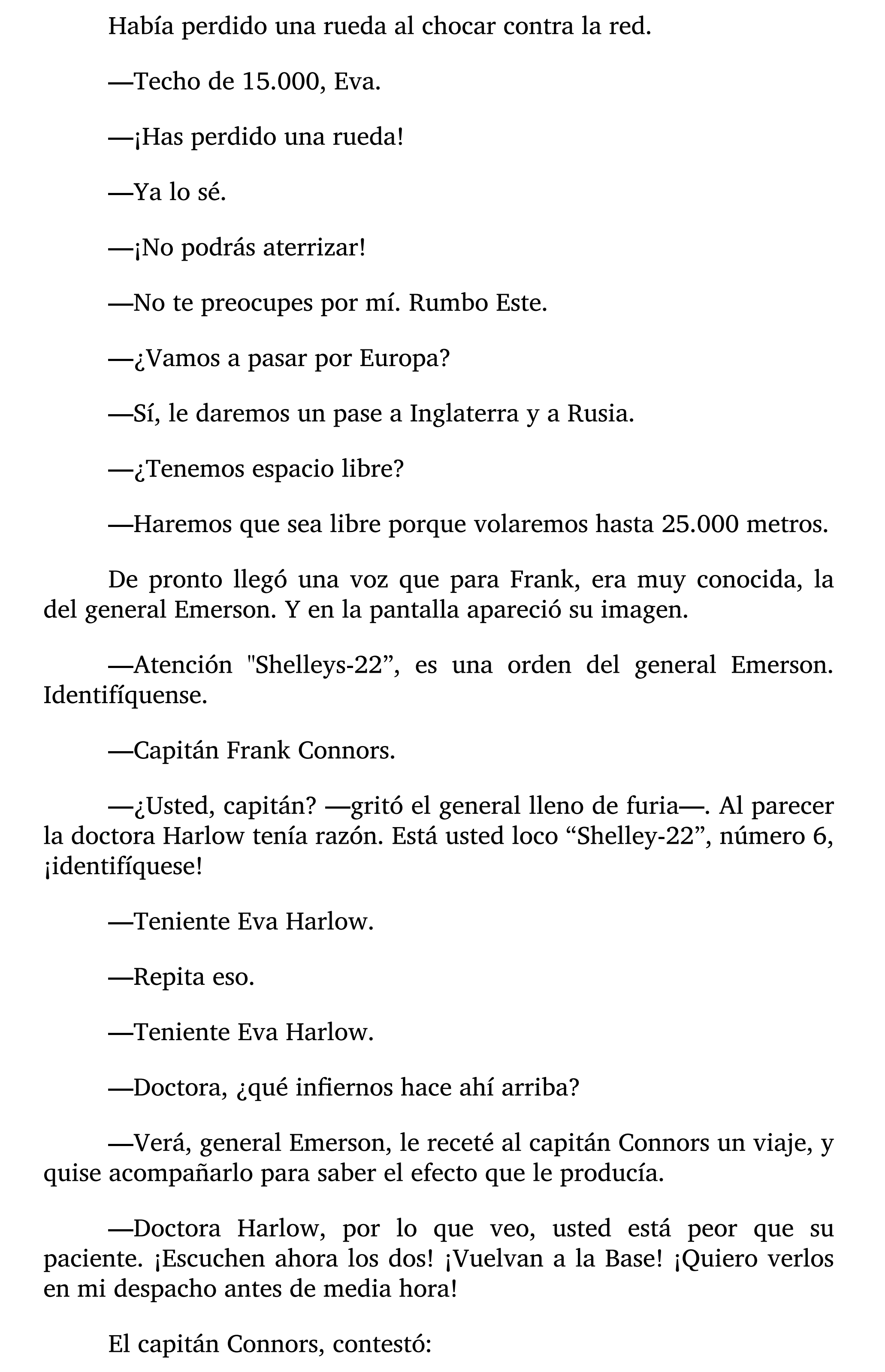
—¡Botón de lanzamiento! ¡Rápido!

Ella apretó el botón porque el avión salió disparado.

Frank apretó el suyo.

Las redes metálicas estaban en marcha para impedir lo que parecía el robo de dos aviones.

Eva escapó con su "Shelley-22”, pero Frank, pensó que chocaría con el extremo de la red. Pasó también produciendo un chasquido en el tren de aterrizaje. Un indicador se puso rojo.



Había perdido una rueda al chocar contra la red.

—Techo de 15.000, Eva.

—¡Has perdido una rueda!

—Ya lo sé.

—¡No podrás aterrizar!

—No te preocupes por mí. Rumbo Este.

—¿Vamos a pasar por Europa?

—Sí, le daremos un pase a Inglaterra y a Rusia.

—¿Tenemos espacio libre?

—Haremos que sea libre porque volaremos hasta 25.000 metros.

De pronto llegó una voz que para Frank, era muy conocida, la del general Emerson. Y en la pantalla apareció su imagen.

—Atención "Shelleys-22”, es una orden del general Emerson. Identifíquense.

—Capitán Frank Connors.

—¿Usted, capitán? —gritó el general lleno de furia—. Al parecer la doctora Harlow tenía razón. Está usted loco “Shelley-22”, número 6, ¡identifíquese!

—Teniente Eva Harlow.

—Repita eso.

—Teniente Eva Harlow.

—Doctora, ¿qué infiernos hace ahí arriba?

—Verá, general Emerson, le receté al capitán Connors un viaje, y quise acompañarlo para saber el efecto que le producía.

—Doctora Harlow, por lo que veo, usted está peor que su paciente. ¡Escuchen ahora los dos! ¡Vuelvan a la Base! ¡Quiero verlos en mi despacho antes de media hora!

El capitán Connors, contestó:

—General Emerson, me siento como David cuando luchó contra Goliath.

—¿Qué está diciendo?

—Que no puedo volver porque tengo que enfrentarme a Goliath. Pero tendrá noticias mías en cuanto vea al gigante. ¡Corto y fuera!

Frank desconectó con la base de Cabo Kennedy. Miró a Eva, y vio que ella reía.

Eva, dijo:

—Frank, me estoy riendo. Pero, ¿sabes una cosa? —¿El qué?

—Tengo miedo. ¡Lo tengo por toneladas!

CAPITULO VII

Habían cruzado Europa por la parte Norte y luego, Rusia y ya estaban muy cerca de Pakistán.

Frank consultó un mapa, localizando aquellas dos aldeas, la destruida Hodgart y aquella otra, Tabur, donde los aldeanos habían visto el objeto brillante como el oro.

Le habló a la joven.

—Eva, llegaremos a la ciudad destruida en cinco minutos. Mantente en los 15.000 metros, y da la vuelta en el cuadrante 33.

—¿Qué vas a hacer tú, Frank?

—Un vuelo rasante. Nos encontraremos en el cuadrante 72.

—¿Cuál es el cuadrante 72?

—¿No tienes el mapa delante?

—No.

—¿Cómo quieres saber entonces dónde están los cuadrantes? ¡Abre el mapa!

—Ya lo tengo abierto.

—¿Enterada de donde está el cuadrante 72?

—Sí, hay una cordillera. Los montes de Jalipur. Nos encontraremos en las laderas del Oeste.

—Hasta luego.

—Suerte, Frank. Avísame en cuanto veas algo.

—No te preocupes. Te avisaré si veo al bicho.

—Ya me has puesto los pelos de punta.

Frank se separó de Eva.

Su avión se sumergió en un mar de nubes.

Cuando salió de las nubes, vio la superficie de la tierra. Estaba acercándose velozmente a ella. Enderezó el avión y disminuyó la velocidad. No contento con ello, puso en marcha las turbinas reactoras de vuelo vertícal.

El avión pareció pegar un frenazo brusco, y luego, avanzó a una velocidad de doscientos kilómetros por hora.

Puso en marcha las cámaras toma-vistas.

Vio la montaña desmoronada.

Centenares de buitres se levantaron de aquellas rocas. Estaban buscando entre ellas los muertos en la hecatombe.

No vio a ninguna persona, viva, pero estaba claro que el Gobierno habría prohibido la aproximación, temiendo la enfermedad de la peste.

De pronto, oyó la voz de Eva.

—¡Frank, el objeto!

—¿Dónde está?

—¡Delante de mí!

—¡Situación!

—¡Cuadrante 35!

—¡Lánzate hacia abajo!

—¡No puedo!

—¡Conserva la serenidad!

—¡Los mandos no obedecen! ¡He apretado el botón de descenso y mi avión sigue hacia adelante, al encuentro de esa cosa!

—¡Dispara el laser!

—Si, Frank.

Frank oyó el ruido del laser al lanzar su rayo. Era el arma más poderosa con que contaban los seres humanos desde que se inventó el arco y la flecha.

—¡Frank, no ha servido para nada! ¡Me voy hacia el fondo ahora! ¡Me voy a estrellar!

—¡Aprieta el botón de lanzamiento de cabina! ¡Rápido, Eva!

—¡Ya lo he apretado y no funciona! ¡Socorro, Frank!

Ya no oyó más.

—¡Eva, contesta!... ¡Contesta!

Pero Eva había enmudecido.

—Eva, ¿dónde estás? Contéstame.

Frank elevó el avión a los 15.000 metros y puso rumbo al cuadrante 35.

Llegó en pocos minutos a su destino y habló de nuevo.

—Frank, llamando a Eva. ¡Contéstame, Eva!

Pasó al cuadrante 36 y regresó al 35. Vio las montañas Jalipur con las cumbres coronadas de nieve.

De pronto le llegó una voz.

—Capitán Connors, nos volvemos a encontrar.

Miró al frente, pero no vio la nave espacial que brillaba como el oro.

—¿Quién habla?

—Su enemigo, capitán Connors.

—¿Qué han hecho con Eva?

—Es usted un hombre muy arriesgado, capitán Connors.

—¡Le he preguntado por Eva!

—Eva está con nosotros.

—¿Muerta?

—No, capitán Connors. Está viva, y por eso usted va a obedecer nuestras órdenes. Posará el aparato en el lugar que le indiquemos.

—No le creo una palabra. Eva no está viva. La han matado como mataron al mayor Buster y a Alan John son. No voy a obedecerle, quienquiera que sea usted.

—Va a oír la voz de su amiga.

Frank esperó unos instantes y oyó a Eva.

—Frank, estoy aquí. Soy su prisionera.

—¿Quiénes son?

—Unos seres espantosos. No puedo describirlos. Son horribles. Y estoy en una ciudad subterránea, en las montañas de Jalipur.

Intervino la voz del extraño ser.

—Ya ha dicho bastante, señorita Harlow… Capitán Connors, ¿está satisfecho?

—Todavía, no.

—¿Por qué?

—Ustedes imitaron la voz del mayor Buster y la del teniente Johnson para grabar una cinta en Cabo Kennedy, y que me considerasen como loco. Pueden imitar también la voz de Eva Harlow.

—La verá en su pantalla. Le mandamos la imagen.

Frank tenía conectado el televisor en una determinada onda.

Y sin necesidad de buscar esa onda, el rostro de Eva apareció en la pantalla.

Detrás había como un telón negro.

—Eva.

—Frank, ¿me oyes?

—Sí. ¿Dónde están ellos?

—Están aquí, conmigo.

—Pero yo no los veo.

—No los puedes ver porque emiten algo extraño, para que no puedan ser vistos en nuestras pantallas. Pero si los vieses como yo los estoy viendo, te horrorizarías.

—Tranquila, muchacha. Estaré contigo dentro de unos minutos.

—¡No hagas eso, Frank! ¡No lo hagas! ¡Vuelve a la Base! ¡Avisa al general Emerson!

La pantalla se oscureció y entonces oyó al extraño ser.

—Capitán Connors, ¿va a obedecer?

—Sí.

—Siga la dirección del pico más alto de los montes Jalipur, el que tiene usted a su izquierda.

—¿Y luego?

—Descienda sobre el valle.

Frank dirigió el avión hacia la cumbre y, pasada ésta, descendió por un valle pedregoso. Oyó la voz.

—Desvíese tres grados a la derecha, capitán Con nors. Y pósese en tierra, a cien metros del arroyo que corre desde las montañas.

—Oiga, me falta una rueda.

—No se preocupe. Nosotros haremos que su avión llegue sin

novedad a la tierra. Diríjase al lugar que le he indicado.

Frank vio el arroyo y puso en marcha de nuevo las turbinas de vuelo vertical, pero sabía que eso no era suficiente para tomar tierra, teniendo en cuenta que sólo contaba con una rueda.

Sin embargo, una fuerza gigantesca atrajo al “Shelley-22” hacia el suelo.

El avión se volcó ligeramente y una de las alas chocó contra una roca y saltó en pedazos.

Pero Frank estaba ileso.

Inmediatamente bajó de la cabina y miró a su alrededor sin ver a nadie.

De pronto descubrió algo encima de una roca. Algo como una cosa gelatinosa. Era una masa que pesaría de diez a quince kilos, y aquella masa avanzaba hacia él resbalando por las rocas.

Y luego vio otra masa gelatinosa que avanzaba de la misma forma que la primera, deslizándose por el suelo pedregoso.

No, no era posible que aquello fuese un ser inteligente. No tenía piernas ni brazos, ni ojos, ni cabeza.

Pero estaba claro que lo tenían localizado porque las dos formas gelatinosas avanzaban sobre él.

Frank sacó su pistola de rayo laser.

—Párese —dijo.

Las formas gelatinosas no obedecieron. Llegaron a estar a cinco metros de Frank y él apuntó a una de ellas.

—Voy a disparar.

Entonces la cosa gelatinosa sobre la que iba a disparar empezó a enderezarse.

Sí, estaba creciendo, levantándose, irguiéndose de la tierra. Medio metro, un metro, un metro y medio. Detuvo su crecimiento y la parte superior empezó a abombarse y en ella apareció un ojo grande más grande que dos de los ojos humanos, pero no tenía pestatañas ni cejas. Y bajo el ojo apareció otro agujero, que podía ser como una

boca, en donde no había dientes ni lengua, y por aquel agujero le llegó la voz a Frank.

—Bienvenido, capitán Connors.

Era la voz de la persona que había oído por dos veces en su “Shelley-22”. La primera cuando se dirigía a la estación 3-R. Y la segunda cuando se apoderaron de Eva.

CAPITULO VIII

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Frank Connors.

—Seres de otra Galaxia.

—¿Cuál de ellas? Hay muchas.

—La que ustedes descubrieron hace diez años, y a la que le dieron el nombre de Strombera en honor del profesor Stromber, que fue quien primero nos vio en el espacio.

—¿Por qué han venido a la Tierra?

La forma gelatinosa soltó algo que pareció una risa, pero que sonó muy hueca.

—Vamos a destruirlos antes de que ustedes nos destruyan.

—¿Quiénes quieren destruirlos?

—A lo largo de la vida de nuestro planeta, han querido destruirnos muchas veces, pero nunca lo han conseguido. ¡Y no consentiremos que los terrícolas acaben con nuestra civilización!

—¡Nadie de la Tierra quiere destruirlos! Nosotros queremos la paz.

—Nunca hemos admitido los deseos de paz de nadie.

Y jamás hemos roto esa regla. Tampoco la romperemos ahora.

Todo planeta quiere conquistar a aquel planeta al que puede llegar gracias a sus adelantos técnicos y científicos. Ustedes empezaron por conquistar la Luna.

Y después Marte, y luego otros planetas. Poco a poco, llegarían hasta nosotros.

—No hemos encontrado habitantes en la Luna ni en cualquiera de los planetas a que hemos llegado. No se puede hablar de una conquista en ese sentido. Nosotros fuimos los únicos en poner los pies en esos lugares y, al no encontrarlos habitados, nos limitamos a fundar bases con fines científicos.

—Otros antes que ustedes lo hicieron. Sí, capitán Connors. Habitantes de otros planetas han empezado por situar bases científicas en lugares más o menos cercanos a nosotros, y terminaron por querer apoderarse de nuestro planeta, y nosotros no lo hemos querido permitir. Hemos acabado con todos los invasores. Y también acabaremos con ustedes, antes de que constituyan un peligro para nosotros.

—Quiero hablar con su jefe.

—Hablará con ella.

—¿Ella?

—Sí, nuestro jefe es lo que ustedes llaman una mujer. Siempre hemos tenido a una hembra para dirigir nuestros destinos. Pero no hace falta que le dé más explicaciones de momento. Somos inmunes al rayo laser.

—Lo era su aparato, pero no creo que sean inmunes ustedes.

—Muy bien. Dispare contra mí.

—¡Lo aniquilaré!

—¡Dispare!

Frank apretó el gatillo.

El rayo laser que salió de la pistola chocó contra la masa gelatinosa, pero no le produjo efecto.

—¿Convencido, capitán Connors?

Frank miró con tristeza su pistola y la dejó caer en el suelo.

—Iré con ustedes.

—Gracias.

La otra masa gelatinosa no se había alzado. Continuaba extendida en una piedra. Y ahora, la que había hablado con Frank, hizo desaparecer aquel ojo, y el agujero que le servía para hablar, y se convirtió otra vez en la masa que apenas medía un palmo de altura.

Y las dos empezaron a deslizarse por el camino opuesto al que habían seguido hasta allí, y Frank Connors fue detrás.

Llegaron ante una cueva.

Las dos masas gelatinosas seguían precediendo a Frank.

Se encontraron ante una pared y ocurrió algo.

Aquel muro de piedra se deslizó como si rodase sobre bolas, con suavidad, y Frank vio una sala brillante como el oro, igual que la nave espacial de aquellos seres de otra galaxia.

Algo como un pulpo apareció por la derecha. Sí, era todo semejante a un pulpo, con sus tentáculos y su cabeza. Pero sólo tenía un ojo.

—Quiero ir con Eva Harlow —dijo Frank.

—La verá en seguida. Sígame.

Frank fue detrás de aquella masa con forma de pulpo y que se desplazaba con ligereza. Esa era la diferencia entre un pulpo auténtico y el que tenía Frank ante sus ojos.

Los pulpos necesitaban el mar para desplazarse, pero éste no lo necesitaba.

—Pase, capitán Connors.

Uno de los largos tentáculos abrió una puerta. Frank entró en una habitación que era de azul brillante.

Eva corrió a sus brazos.

—¡Frank!

Él la estrechó contra sí y la besó en la boca.

—¿Estás bien, Eva?

—Sí, muy bien. Al fin estamos juntos. Pero eres un loco. Debiste ir a la base.

—No podía dejarte sola.

—¿Qué ganaremos con estar aquí los dos?

Ella miró horrorizada al pulpo.

—Los he visto de todas formas. Pueden adoptar la que quieran.

El pulpo rió cavernosamente.

—Tiene muchas cosas que aprender de nosotros. Frank dijo:

—Quiero hablar con su jefe.

—No sé si le concederá una audiencia.

—¡Debe concedérmela!

—No lo diga con ese tono, capitán Connors. Usted es un esclavo.

—¿Un esclavo?

—Lo mismo que su compañera.

—Creí que ustedes tenían una civilización muy avanzada.

—¡La tenemos!

—Entonces, ¿por qué tienen esclavos?

—Los necesitamos, señor Connors.

—¿Para qué?

—Para hacer los trabajos que no pueden hacer los amos.

—Ya no me empieza a gustar su civilización tan avanzada. Insisto hablar con su jefe.

—Trasladaré su deseo y recibirá la respuesta oportunamente.

El pulpo movió los tentáculos y cerró la habitación.

Frank corrió para abrir la puerta, pero no tenía tirador, ni cerradura. Introdujo los dedos por el resquicio, clavó sus uñas y tiró enérgicamente, pero no logró mover la puerta una pulgada.

—No te canses, Frank —dijo Eva—, yo también lo he intentado. Esa puerta se mueve electrónicamente desde fuera.

Frank vio el resto de la estancia. Había una cama sin cabecera, de una sola pieza.

No había ventanas. Pero la luz pasaba a través de aquellos muros de piedra azul, que brillaba como el zafiro. Tampoco había señal de que la iluminación fuese electrónica. Eran simplemente, aquellas piedras azules las que prestaban la iluminación.

Frank fue otra vez al lado de Eva.

—¿Te explicaron por qué nos detuvieron?

—No.

—Lo lógico es que hubiesen acabado con nosotros. Eso significa que nos necesitan para alguna cosa.

—¿Te acuerdas de lo que te decía, Frank? Tenía miedo por toneladas.

—Ahora ya no debes tenerlo. Estamos en su poder.

Y recuerda que tú eres la especialista en Investigación Psicológica. Te ayudará para recuperar el valor.

—Hay situaciones en que la ciencia no sirve para nada.

—¿Qué forma tenían esos bichos que tú viste?

—Uno era una cosa alargada y se movía como un fantasmón. Y otro de ellos era ancho, y de pronto empezó a crecer y a crecer. Y llegó casi hasta el techo. Le salieron dos brazos con dos manos que tenían diez dedos, manos como las nuestras, aunque los dedos no tenían uñas.

Se apretó contra él.

—Todos reían a mi alrededor, Frank. Creí estar viviendo una

pesadilla, y lo malo es que no desperté. Hablaron contigo, me hicieron hablar a mí también y, cuando diste el consentimiento para la rendición, me trajeron aquí. Deseé con todas mis fuerzas que los engañases, que no les hicieses caso.

Frank le acarició la mejilla.

—Eras mi compañera de fuga y no podía abandonarte.

—Ahora comprendo que debí quedarme en la base y dejarte solo.

—También me habrían cazado y, si hubiese intentado desobedecerles, habrían acabado conmigo, como lo hicieron con el mayor Buster y Alan Johnson.

—¿Qué se proponen estos seres, Frank?

—Acabar con la humanidad.

—Oh, no.

—Fue lo que me dijo su jefe.

—Me lo temía, pero conservaba una última esperanza de que estuviese equivocada.

De pronto se oyó una voz.

—Humanoides, su conversación es muy enternecedora.

Los dos jóvenes miraron a un lado y a otro, tratando de descubrir el lugar de donde venía la voz, pero no encontraron nada.

—Humanoides, nuestra jefe ha consentido en recibir a uno de ustedes.

—¿A quién?

—A usted, capitán Connors.

—Agradezco su gentileza.

—Esté preparado. Va a salir.

—¿Puede venir ella conmigo?

—No, ella se queda y no discuta nuestras decisiones, capitán Connors.

—De acuerdo.

La puerta se abrió.

Frank abrazó a Eva y la besó en la boca.

—Animo, muchacha, volveré y quizá te traiga buenas noticias.

—Capitán Connors —dijo la voz—, no puede hacer esperar a nuestra jefe.

Frank se apartó de la joven y salió de la habitación.

La voz le indicó el camino.

—Siga el pasillo de la izquierda.

Caminó por aquel pasillo sin ver a nadie. Al final había una gran puerta de piedra amarilla brillante.

Al llegar cerca, la puerta se abrió, y pasó al interior.

Se encontró en un enorme salón. Había una gigantesca concha y sobre ella, recostada sobre almohadones, una mujer. Sí, eso era lo que estaban viendo sus ojos. Una mujer.

Se fue acercando a ella y observó que era bellísima, de cabello rubio platino, de ojos azules, muy grandes, senos altos, pronunciados.

Ella se puso en pie y Frank la pudo contemplar en toda su hermosura porque poseía la cintura estrecha, y las caderas anchas, y tenía unas largas piernas.

Sólo se cubría con un vestido de encaje que transparentaba sus piernas, el estómago y su amplio escote.

Ella, dijo:

—Bien venido al reino de Hula, capitán Connors.

CAPITULO IX

Frank no había salido de su sorpresa.

Aquella mujer hablaba como cualquiera de la Tierra, pero lo más maravilloso era que poseía una figura prodigiosa. Y él era un experto en mujeres.

—¿Hula?

—Hula, soy yo.

—¿Habla en nombre de su pueblo?

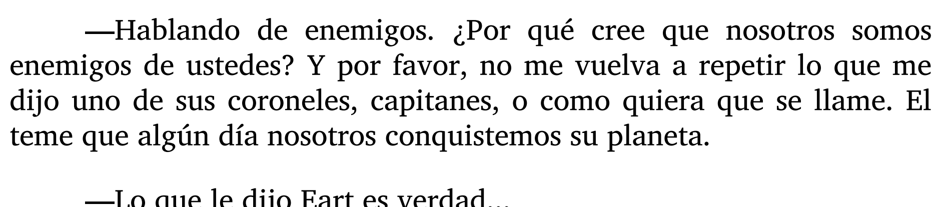
—Sí, hablo por todo él.

—¿Cuántos son ustedes?

—Podríamos ser miles de millones, pero nos hemos organizado para nunca superar los cinco millones... Tenemos controlada la natalidad. Nosotros solo admitimos a seres perfectos. Aquellos de nosotros que nacen defectuosos, son condenados al horno crematorio... Y el Súbdito que no observa las leyes de control, también es condenado a morir por el fuego...

—¿No le parece un poco cruel?

—Hace mucho tiempo que llegamos a una conclusión. Era preferible que fuésemos cinco millones de seres perfectos, con una gran inteligencia, a pobres seres lisiados de alguna forma... Así hemos podido sobrevivir y luchar contra todos nuestros enemigos.



—Hablando de enemigos. ¿Por qué cree que nosotros somos enemigos de ustedes? Y por favor, no me vuelva a repetir lo que me dijo uno de sus coroneles, capitanes, o como quiera que se llame. El teme que algún día nosotros conquistemos su planeta.

—Lo que le dijo Eart es verdad...

—¿A cuántos planetas han destruido?

—En nuestra larga historia, a doce.

—¿Y acabaron con la vida que existía en ellos?

—Solos nos reservamos a una pareja de seres de cada planeta. Un macho y una hembra.

—¿Para qué?

—Para que produjesen esclavos para nosotros.

—Entonces, ¿fue ésa la razón de que no acabasen con nosotros?

—Elegimos siempre a una pareja de seres razonablemente superiores que vivan en el planeta que nos disponemos a destruir. Y ustedes fueron los elegidos.

—Cuidado, nosotros no fuimos elegidos. Vinimos voluntariamente.

—Sí, pero mientras viajaban hacia aquí, usted, capitán Connors, y su amiga, Eva Harlow, fueron sometidos a experimentos por nuestros hombres de ciencia.

—¿Cómo pudieron hacer los experimentos si estábamos volando en nuestros aviones?

—Nuestros hombres de ciencia pudieron trabajar cuando ustedes se encontraron a dos mil kilómetros de estas montañas. Nuestros aparatos tienen poder para poder hacer las pruebas desde esa distancia. Naturalmente, nuestros hombres de ciencia tenían en cuenta los índices con respecto a los seres que habitan la Tierra. Sus índices de inteligencia fueron los más altos y también lo fueron sus índices de salubridad, y puesto que ustedes venían a acabar con nosotros, reunían otra condición. La del coraje. Ustedes nos darán esclavos fuertes y sanos.

—¿Cómo debo llamarla? ¿Reina Hula? ¿Jefe?

—Simplemente, Hula.

—Está bien, Hula. Quiero que me escuche. Usted no puede destruir a los habitantes de este planeta. Cometería un terrible crimen. Creo que cada planeta puede tener su propio sistema de vida, a condición de que no atente contra la vida que exista en otros planetas. Nosotros no les hemos declarado la guerra. Uno de nuestros sabios descubrió en el firmamento el planeta de ustedes.

—Y desde entonces, nuestra seguridad peligra.

—No puede llamar peligro al envío de unos globos sonda. Es lo único que se ha enviado a ese planeta que recibió el nombre de Strombera.

—Hula, reino de Hula.

—De acuerdo, reino de Hula… Como le iba diciendo, les mandaron globos sonda, pero nunca obtuvimos respuesta.

—Nosotros destruimos los globos sonda y los cohetes que los transportaban.

—Nuestros sabios sólo querían conseguir noticias con valor científico.

—Pero, cuando hubiesen sabido que el planeta Hula estaba habitado, habrían querido conquistarlo.

—¡No, Hula!… ¡Mil veces no! ¡Tiene que reconsiderar toda la situación!

—No hay que reconsiderar nada. Acabaremos con ustedes. El plan está en marcha. Durante los últimos días hemos traído a las montañas Jalipur nuestras máquinas de guerra. No teníamos suficientes. Usted estuvo a punto de interceptar uno de nuestros envíos.

—¿Se refiere a mi viaje al Polo Norte, con otros dos “Shelley-22”?

—Sí, capitán Connors. En ese momento estaban llegando cuarenta de nuestras naves con una ruta perfectamente trazada para que no las viese nadie. Y no podíamos permitir que nadie nos descubriese. Fueron invitados a rendirse. Queríamos observar sus máquinas y tenerlos prisioneros para conocer sus reacciones. Pero

ustedes trataron de usar la fuerza, y esa fue una prueba de que no son seres pacíficos. Quisieron luchar contra nuestra nave.

—Sí, Eart, que capitaneaba la nave, se hubiese dirigido a nosotros con palabras amistosas, mis compañeros y yo habríamos accedido a celebrar un encuentro pacífico con ustedes. Pero sólo recibimos amenazas. Nos dieron unos segundos para entregarnos o acabarían con nosotros. Somos soldados de los Estados Unidos de América, y reaccionamos como tales.

—Por desgracia para ustedes.

—¿Es qué no se da cuenta de que ustedes hubieran reaccionado de la misma forma qué nosotros de encontrarse en nuestro lugar?

—Nosotros somos los amos.

—Y por tanto los que dan las órdenes.

—Sí.

—Y los demás tienen que obedecerlas.

—Sí.

—Pues entérese, Hula. Usted no podrá acabar con todos nosotros. ¡No podrá!

La hermosa Hula se echó a reír y Frank vio su boca de dientes blancos, perfectos.

Quedó súbitamente seria, y miró a Frank con sus grandes ojos azules, brillantes de furia.

—¿Cree que no podremos destruirlos? ¡Lo hemos hecho muchas veces y lo haremos otra vez!

—No, Hula, le repito que no podrá. Acabará con cinco millones, con doscientos millones de seres humanos, y algunos más si quiere, pero en algún lugar de la Tierra quedarán supervivientes. Y no me refiero a Eva y a mí. Será un puñado de hombres y mujeres, a los que ustedes no podrán destruir porque lucharán, y saldrán airosos. ¡Y ellos constituirán una célula, la célula de la supervivencia sobre la Tierra!

Los senos de la reina Hula se agitaron de modo violento.

Dio una palmada y gritó:

—¡Pantalla número uno!

Inmediatamente apareció una pantalla en la pared de la derecha.

La reina Hula, dijo:

—¡Plan de ataque!

Sobre la pantalla apareció la imagen de una ciudad que Frank conocía. Era Berlín, la capital de Alemania. Años atrás, Alemania había estado dividida por mucho tiempo, como resultado de aquella guerra en que fueron derrotados los nazis, pero ya se habían unido y su capital era Berlín. Era una ciudad maravillosa, con modernos edificios y con un sistema de carreteras perfectamente trazado para evitar los congestionamientos automovilísticos que habían sido la causa de que muchas otras capitales quedasen ahogadas. Alemania mostraba al mundo, Berlín, como ciudad modelo.

YFrank vio cómo los coches se desplazaban por las carreteras y a la gente por las aceras de las calles.

—Está usted viendo en este momento lo que pasa en Berlín, capitán Connors. ¿Por qué? Porque lo tenemos bajo el dominio de nuestras cámaras. Y le aseguro que nuestras cámaras están situadas a centenares de kilómetros de Berlín. Pero hay otra cosa que está apuntando a Berlín y lo va a ver también ahora, señor Connors.

—Hula hizo una pausa—. ¡Máquinas de guerra!...

La imagen de Berlín desapareció y Frank vio en su lugar unas extrañas armas. Eran cañones de seis bocas con una torrecilla al final, en donde se movían cuatro de aquellos extraños seres.

CAPITULO X

—Capitán Connors —dijo Hula—, he ahí una de nuestras armas. Y lo que lanza es un rayo mucho más potente que su laser. Ya comprobó que sus cañones laser no sirven para nada con nosotros porque les llevamos muchos siglos de ventaja. Hace más de 1.300 años que abandonamos el rayo laser, y hoy solamente es una pieza de museo para nosotros.

—¿Qué hacen esos cañones?

—Lanzan rayos que controlan la naturaleza y pueden provocar terribles catástrofes.

—¿Desprendimientos de montañas?

—Sí, señor Connors, pueden arrojar una montaña sobre una

ciudad.

—¿Por qué destruyeron Hodgart?

—Esa aldea estaba demasiado cerca de nuestra Base de operaciones. En un principio, no quisimos alarmar al mundo innecesariamente, pero muchos habitantes de Hodgart conocían nuestras naves. Era una vulgar aldea con habitantes vulgares que vivían muy lejos de los lugares que ustedes consideran como civilizados. No se tuvo en cuenta lo que ellos decían, pero llegó un momento en que podrían dar crédito a sus palabras. Tres habitantes de Hodgart se disponían a dirigirse a la capital de Pakistán, para hablar con el gobernador. Entonces decidimos destruirlos.

—Gracias por la explicación, reina Hula. Quiero proponerle algo.

—No, señor Connors.

—Todavía no ha oído lo que quiero decir.

—¡No quiero escucharle!

—¡Hablaré con el Presidente de los Estados Unidos y él convocará una reunión de gobiernos a nivel mundial!

—No siga, señor Connors. No estoy dispuesta a firmar tratados de paz con nadie.

—¡El tratado de paz será respetado!

—No, señor Connors. No habrá tratado de paz. Habrá guerra, y la ganaremos nosotros. Sólo necesitaremos unas semanas para acabar con todos ustedes. Nuestra ofensiva ya está trazada. Esa ciudad que usted ha visto, Berlín, será atacada pasado mañana.

—¿Y qué cataclismo le preparan?

—Un terremoto como no se haya visto otro jamás en la Tierra.

—¡Usted no hará eso!

—Sí, señor Connors.

—Suponiendo que Berlín sea víctima del terremoto, habrá supervivientes.

—No los habrá, señor Connors. Ya le he dicho que será un terremoto muy especial. Hemos estudiado la historia de la Tierra. Ustedes han sufrido terremotos, pero serán juegos de niños comparados con el que Berlín sufrirá pasado mañana.

Connors cerró los puños con fuerza.

—Hula, esa capital tiene muchos millones de habitantes.

—Sé que es la tercera en el mundo. Sólo le ganan Tokio y por eso Tokio será la segunda. Y la tercera será Nueva York.

—¿Cuándo atacarán Tokio?

—Al día siguiente de haber acabado con Berlín.

—¿Y qué será? ¿También un terremoto?

—No. El mar la sepultará. Y nadie sabrá que somos nosotros. Lo de Berlín será atribuido a un terremoto producido por causas naturales, y lo de Tokio será atribuido a un maremoto.

—¿Cómo va a acabar con Nueva York?

—Ya basta, señor Connors. Le he contado bastantes cosas acerca de nuestra ofensiva.

—Insisto en que me diga cómo acabará con Nueva York. Soy súbdito americano, y Nueva York es nuestra ciudad más grande.

Hula se detuvo unos instantes, y finalmente, dijo:

—Se lo diré, capitán Connors. Nueva York será congelada.

—¿Congelada? ¿Cómo si fuese un matadero?

—Eso será Nueva York, señor Connors. El matadero más grande del mundo.

Frank sintió hervir la sangre en sus venas.

—Le desafío a que me pruebe eso.

Hula le sonrió con ferocidad.

—Tendrá la prueba en seguida. ¡Pantalla número dos!

Frente al lugar que había aparecido la primera pantalla Frank, vio aparecer la segunda.

—Quiero un trozo de tierra no habitada, un desierto próximo a nosotros —ordenó Hula.

—Hemos estado haciendo pruebas con uno, a cuatrocientos kilómetros al Norte —le contestó una voz.

—De acuerdo.

Frank vio en la pantalla aquel desierto, un páramo sin fin bajo un ardiente sol.

—Observe bien eso, señor Connors.

—No me pierdo detalle.

—Batería número dos en marcha.

Frank pudo oír varios cañonazos lejanos.

Y entonces ocurrió algo asombroso ante sus ojos. En el cielo azul aparecieron nubes que cubrieron el sol. Nubes grises. ¡Y sobre el paisaje empezó a nevar! ¡Aquel desierto estaba sufriendo la primera nevada desde la Era Glacial! Primero fueron copos espaciados, pero, en pocos minutos, la nevada se hizo intensa. Apenas se veía ya la pantalla. La nieve seguía cayendo cada vez con más intensidad.

Hula le sonrió.

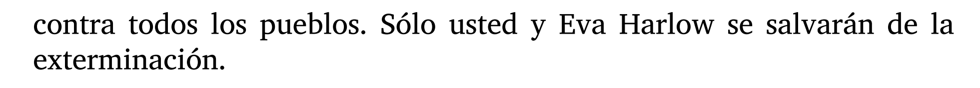
—¿Qué le parece, capitán Connors? ¿Podemos o no podemos convertir Nueva York en un matadero?

—¡Están locos! ¡Completamente locos!

—Nueva York quedará sumergida bajo un alud de nieve. Ustedes se enorgullecen de poseer allí los edificios más grandes del mundo. Pues bien. La nieve los cubrirá. Llegará hasta los más altos edificios, y los sobrepasará… El frío hará reventar las tuberías, hará inútiles los radiadores. La temperatura descenderá a más de cien grados bajo cero, y la gente no habrá podido salvarse porque pensarán que se trata de una simple nevada. Todos se refugiarán en sus casas, y allí perecerán.

—¡Hula, tiene que echar marcha atrás!

—La ofensiva continuará contra todas las ciudades del mundo,


contra todos los pueblos. Sólo usted y Eva Harlow se salvarán de la exterminación.

—¡No queremos su piedad!

—Cuidado, capitán Connors. No les salvo la vida por piedad.

—Es cierto. Para usted sólo somos una pareja de la especie humana. El macho y la hembra que les proporcionarán sus esclavos. ¿Qué clase de mentalidad es la de ustedes? ¿Cómo pueden matar a tantos millones de seres sin sufrir remordimientos?

—Somos superiores a ustedes, y por ello no podemos sufrir remordimientos.

—Son superiores a nosotros en muchas cosas, pero hay algo en que son inferiores.

—¿En qué somos inferiores, capitán Connors?

—En el amor.

—¿Cree usted?

—Amor en la más amplia extensión de la palabra.

Ella se acercó a Frank y le miró seductoramente.

—¿Cree que no soy digna de amar?

—Es muy hermosa, Hula.

—¿No soy también deseable, como dicen ustedes?

—Sí, muy deseable.

—¿Me encuentra atractiva?

Ella le echó los brazos al cuello.

—No demuestra que yo le guste.

Frank la miró profundamente a los ojos. Pensó en las posibilidades que tenía de enamorar a Hula. Había enamorado a muchas mujeres. Siempre le habían gustado, y por esa razón pasaba con ellas las horas de ocio, Para él, las mujeres eran el complemento perfecto del hombre. Sin la mujer no valía la pena vivir. Y allí tenía a

la más hermosa de todas ellas. Pero si le hubiesen dado a elegir, él hubiese preferido a Eva. Sin embargo, se dijo que no estaba en situación de elegir. Era Hula la que estaba con él, a solas. Una reina de un lejano planeta, que había venido a la Tierra con un ejército para acabar con todos los humanos, y ella le acababa de dar unas pruebas que no admitían dudas con respecto al éxito de sus planes. Amaría a Hula. La amaría para convencerla de que el amor era siempre más deseable que la guerra.

Y él la besó con verdadera pasión.

Permanecieron estrechamente enlazados.

Hula se apartó unas pulgadas de él y dijo:

—Ven.

Caminaron hacia el trono, en donde él la había visto sentada cuando entró en el gran salón, y ella se recostó en los almohadones, le tendió las manos y dijo:

—Acércate, Frank.

Él se sentó a su lado.

Ella se tendió entre los almohadones, le miró dulcemente a los ojos y dijo:

—Te quiero, Frank.

Connors se inclinó sobre ella.

Hula puso los brazos extendidos ofreciéndose.

Frank se sintió preso en las redes de aquella mujer maravillosa. Había sacrificios que uno podía hacer con muchas ganas y éste era uno de ellos. Pero, al mismo tiempo, se decía que, en un momento determinado, él lograría de Hula que aceptase su petición de una convocatoria de jefes de gobierno para firmar un tratado de paz.

Yde pronto oyó una risa.

Yaquella mujer que estrechaba entre sus brazos empezó a transformarse y su cara se hizo borrosa, y en su lugar apareció una masa gelatinosa con un solo ojo.

Frank gritó aterrorizado alejándose de ella.

Y pudo ver que Hula ya no tenía forma de mujer. Era una masa deforme que se movía a la derecha y a izquierda, porque era pura gelatina, y aquella masa reía y por un agujero gritaba:

—¿A quién querías amar, Frank? ¿A una de las tuyas? ¡Yo no soy una de las tuyas! ¡Soy Hula, la reina de nuestro planeta! Y puedo adoptar todas las formas. Lo mismo que todos nosotros. Y por eso fui para ti como una mujer. La más hermosa de todas ellas. Quería conocer tus intenciones y eres falso como todos los tuyos. Querías enamorarme. Creiste que, por un rato de amor, yo podría perdonar a los tuyos. ¡Pero no voy a perdonar a los tuyos! ¡Los exterminaré a todos!... ¡Fuera!... ¡Fuera!

Frank, todavía bajo la terrible impresión de lo que acababa de ver ante sus ojos, dio media vuelta y salió.

CAPITULO XI

Dos de aquellos seres deformes lo esperaban a la salida del salón.

Frank no necesitó recibir órdenes. Caminó hacia la celda de piedra azul donde lo esperaba Eva.

La puerta se volvió a abrir electrónicamente y sé cerró cuando Frank hubo entrado.

Eva corrió a su lado.

—Frank, ¿hablaste con la reina?

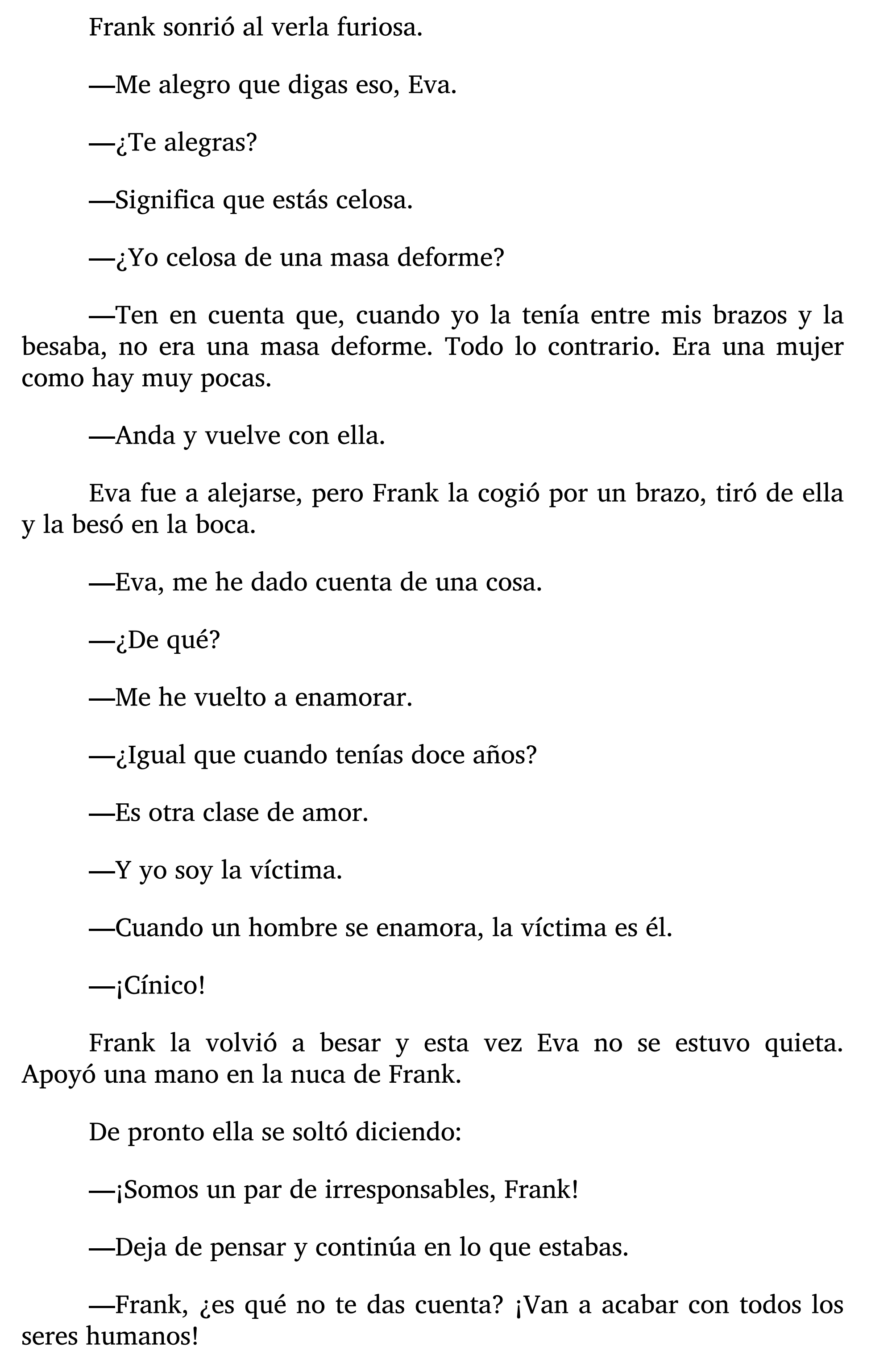
—Hablé con ella y no sirvió para nada.

Le contó la clase de entrevista que había sostenido con Hula.

—¿Conque quisiste hacerle el amor? —comentó Eva.

—Lo hice por nosotros, por ti, por la Humanidad. ¿Es qué no me has oído, Eva? ¡Quiere destruirnos! Empezando por Berlín, y siguiendo por Tokio y Nueva York.

—Y creiste que enamorándola, ella te diría: “Oh, Frank, amor mío, ya no mataré ni a una hormiguita”.



Frank sonrió al verla furiosa.

—Me alegro que digas eso, Eva.

—¿Te alegras?

—Significa que estás celosa.

—¿Yo celosa de una masa deforme?

—Ten en cuenta que, cuando yo la tenía entre mis brazos y la besaba, no era una masa deforme. Todo lo contrario. Era una mujer como hay muy pocas.

—Anda y vuelve con ella.

Eva fue a alejarse, pero Frank la cogió por un brazo, tiró de ella y la besó en la boca.

—Eva, me he dado cuenta de una cosa.

—¿De qué?

—Me he vuelto a enamorar.

—¿Igual que cuando tenías doce años?

—Es otra clase de amor.

—Y yo soy la víctima.

—Cuando un hombre se enamora, la víctima es él.

—¡Cínico!

Frank la volvió a besar y esta vez Eva no se estuvo quieta. Apoyó una mano en la nuca de Frank.

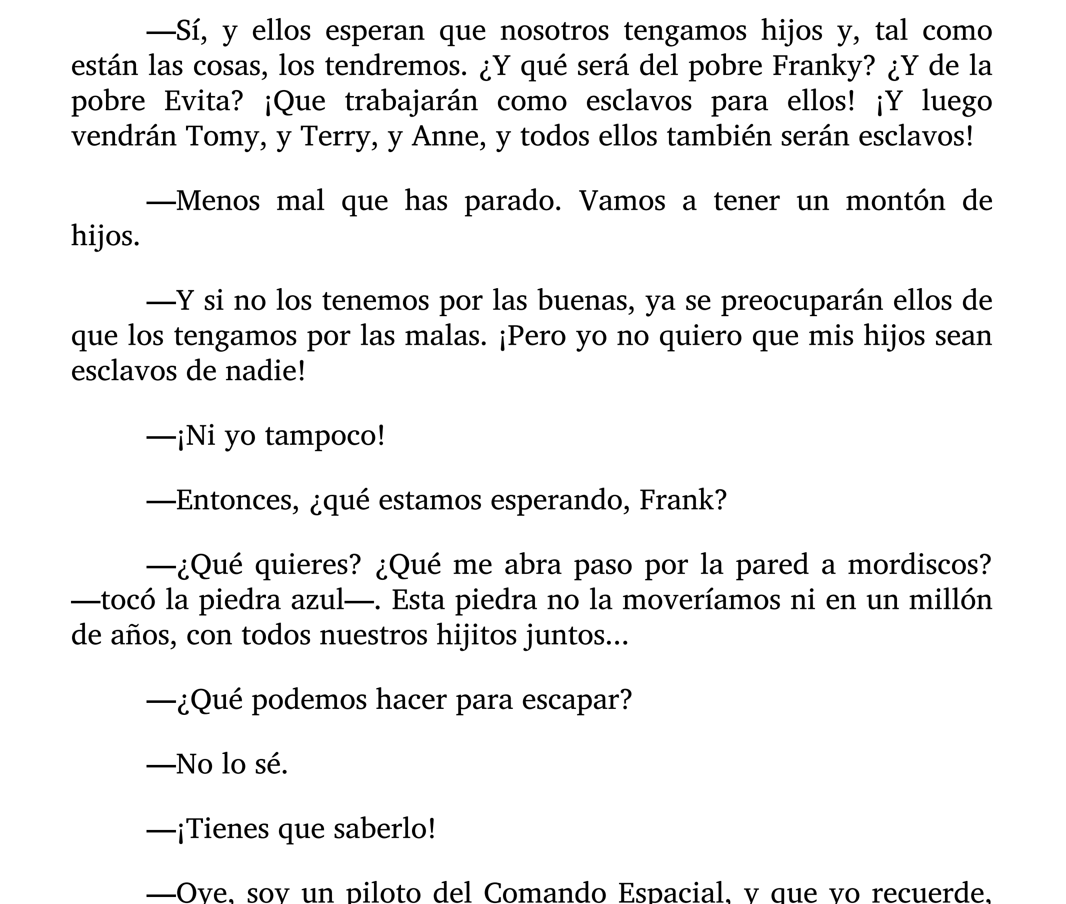
De pronto ella se soltó diciendo:

—¡Somos un par de irresponsables, Frank!

—Deja de pensar y continúa en lo que estabas.

—Frank, ¿es qué no te das cuenta? ¡Van a acabar con todos los seres humanos!

—Menos con nosotros.



—Sí, y ellos esperan que nosotros tengamos hijos y, tal como están las cosas, los tendremos. ¿Y qué será del pobre Franky? ¿Y de la pobre Evita? ¡Que trabajarán como esclavos para ellos! ¡Y luego vendrán Tomy, y Terry, y Anne, y todos ellos también serán esclavos!

—Menos mal que has parado. Vamos a tener un montón de hijos.

—Y si no los tenemos por las buenas, ya se preocuparán ellos de que los tengamos por las malas. ¡Pero yo no quiero que mis hijos sean esclavos de nadie!

—¡Ni yo tampoco!

—Entonces, ¿qué estamos esperando, Frank?

—¿Qué quieres? ¿Qué me abra paso por la pared a mordiscos? —tocó la piedra azul—. Esta piedra no la moveríamos ni en un millón de años, con todos nuestros hijitos juntos...

—¿Qué podemos hacer para escapar?

—No lo sé.

—¡Tienes que saberlo!

—Oye, soy un piloto del Comando Espacial, y que yo recuerde, tú eres el cerebro. Eres muy lista. Sacaste el número 1 en todo.

—Sí, es cierto.

—Pues saca ahora algo que nos libre de estos bichitos.

—No puedo, Frank. Tienes razón. Esta es una celda a prueba de todo. Ni siquiera tenemos una ventana para dejar caer unas cuantas sábanas, como lo hacen los presos decentes.

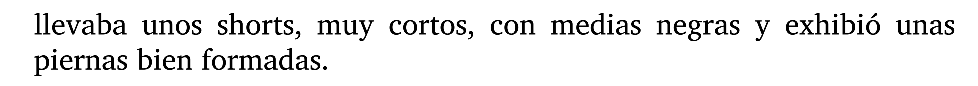
—Los tipos de Hula son unos desconsiderados.

La puerta se abrió y apareció una camarera.

Sí, eso era. Una camarera con figura humana y que sostenía una bandeja.

—Demonios —dijo Frank—, aquí saben hacer las cosas.

La camarera le sonrió. Tenía cara picara, como una francesa, y



llevaba unos shorts, muy cortos, con medias negras y exhibió unas piernas bien formadas.

—Ustedes tienen que comer —dijo.

—Oh, sí, tenemos que comer de todo para seguir viviendo.

—Les he traído alimentos que usan ustedes.

—¿También la cocinera es como usted?

—El señor es muy bromista.

La puerta seguía abierta.

Como si alguien hubiese puesto en marcha un botón de la pared, surgió una mesa y dos sillas.

La camarera puso la bandeja sobre la mesa.

—Los señores están servidos.

La camarera ya se disponía a salir.

Frank se abalanzó sobre ella y le puso una mano en la boca para que no gritase.

—¡Ayúdame, Eva! ¡Hay que atarla!

Eva corrió en ayuda de Frank. Pero entonces ocurrió que la camarera empezó a transformarse.

Frank sintió que su mano ya no cubría una boca, sino un trozo de algo gelatinoso.

Eva lanzó un grito de horror.

—¡Frank, ya no es una camarera!

—No, ya no es una camarera, sino un flan.

—Ojalá fuese un flan. Me la comería a bocados. ¡Pero no es un flan!

La cabeza de la camarera ya había dejado de existir y por el agujero que tenía arriba se echó a reír y dijo:

—Son ustedes un par de estúpidos.

Frank pegó con todas sus fuerzas un golpe en lo que antes había sido el estómago de la camarera, pero sus nudillos se hundieron en aquella masa sin provocar ningún daño, y de pronto, salió lanzado hacia delante, como impulsado por un ciclón, y rodó por el suelo, y se estrelló contra la pared.

La masa deforme del extraño ser quedó libre y se retiró por el hueco y la puerta se cerró.

Eva estaba pálida y se acercó a Frank, que casi había perdido el conocimiento.

Lo ayudó a levantarse.

—Frank, si me pinchas no me sacas una gota de sangre.

—¿Y qué dices de mí? Quería tener plan con la camarera, y ya ves lo que me pasó. ¿Crees que puedo hacerle el amor a un engendro de esa clase?

—Estamos perdidos, Frank. Nunca saldremos de aquí.

Frank se acercó a la bandeja y apartó la servilleta. Antes ellos vieron dos trozos de carne asada.

—Come y calla, Eva.

—¿Comer yo eso?

—Son dos filetes. Tienen buen aspecto. Y están como a mí me gustan. Poco hechos.

—Ni hablar. No los comeré. Pueden parecer filetes. Pero, ¿y si te los echas en la boca y se te convierten en trozos de gelatina?

—Ya me hiciste perder el apetito —dijo Frank y se retiró de la bandeja donde había también pescado y fruta, naranjas y piña.

Eva se apoyó en la pared, levantó la cara y cerró los ojos como si orase.

—Frank —dijo en aquella posición—, es inútil luchar contra ellos.

—No te desmoralices.

—Sólo hay una forma de lograrlo. Estando muy lejos de aquí.

—Lo estaremos.

—No me ilusiones con palabras que no tienen ningún valor.

Frank se frotó la nuca y paseó de un lado a otro.

De pronto se oyó una voz.

—¿Por qué no comen?

Era Eart.

—No tenemos gana —contestó Frank.

—Dentro de una hora empezarán a trabajar.

—¿A trabajar? Nos negamos.

—No pueden negarse porque son nuestros esclavos, y les aseguro que tenemos procedimientos muy convincentes para castigar las rebeldías. ¿Quieren probarlos?

—¡No! —gritó Eva.

—Entonces obedecerán.

—¿Qué clase de trabajo quiere que hagamos? —preguntó Frank.

—Trabajarán en el laboratorio del oro.

—¿Laboratorio del oro? ¿Qué es eso?

—El lugar donde convertimos las piedras en oro para nuestras necesidades. Dentro de media hora irán ahí por ustedes. Si no comen, les será suministrado el alimento por medio de corrientes eléctricas. Eso es todo.

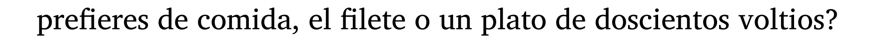
Eva y Frank se miraron.

—¿Has oído eso, Frank?

—Sí, están muy adelantados. Cogen piedrecitas para convertirlas en oro de la misma manera que nosotros hacemos el bronce.

—Caramba, menuda pulserita pienso ponerme. Y un collar, y unos pendientes… Me enjoyaré.

—Mujer al fin —dijo Frank dando un suspiro—. Nena, ¿qué


prefieres de comida, el filete o un plato de doscientos voltios?

—¡El filete!

—Pues a comer se ha dicho.

Empezaron a comer los filetes con precaución, por temor a que la carne se convirtiese, como había dicho Eva, en un trozo de gelatina. Pero eso no llegó a ocurrir y ya comieron con más ganas.

El pescado era auténtico, igual que la fruta.

Cuando hubieron terminado. Eva, dijo:

—Caramba, no estuvo nada mal.

Había pasado la media hora.

Frank se acercó a Eva y le habló en voz baja.

—Nena, vamos a salir de aquí dentro de un rato. Iremos a ese maldito laboratorio, y quizá sea la oportunidad que estamos esperando para escapar. Hay que aprovecharla.

CAPITULO XII

Había pasado la media hora que Eart les había concedido para comer.

La puerta se abrió.

Dos de aquellos seres con figura humana estaban al otro lado, pero era una figura humana aterradora. Medían casi dos metros, el cuerpo musculoso. Cada uno de ellos llevaba un látigo de largas colas, con trozos de plomo.

Se cubrían con taparrabos, una piel de leopardo.

Eva sintióse desconsolada al ver a aquellos dos seres.

Uno de ellos, el de la derecha, dijo:

—Salgan.

Frank cogió a Eva de la mano.

—Vamos, chica, al trabajo.

Uno de los gigantones les precedió en el camino y el otro se

colocó a espaldas de los prisioneros.

Caminaron por un corredor y luego subieron en un ascensor.

Llegaron a una gran sala en donde había una docena de mujeres con figura humana. Todas ellas eran hermosas y atractivas.

Frank se frotó las manos y lanzó un silbido.

—Caramba, voy a tener un gran éxito. Soy el único hombre que trabajará con ellas.

Eva le pegó una patada en la espinilla y él saltó a la pata coja.

—Guapín, por si no lo sabes, trata de abrazar y de besar a una de ellas, y tendrás entre tus brazos a un trozo de gelatina.

—Ya rompiste el encanto.

El gigantón que antes les había hablado, dijo:

—Vayan a la última mesa del laboratorio. Recibirán instrucciones de la doctora Gori.

Fueron a aquella mesa y una hermosa pelirroja que se cubría con una bata blanca dijo muy seria:

—Hemos adoptado figura humana para que ustedes rindan al máximo.

—¿Qué se supone que debemos hacer para rendir al máximo? —preguntó Eva.

La doctora Gori señaló una especie de lavadero.

—Ese depósito se llenará de piedras. Usted debe lavar esas piedras por medio de ácidos. Bastará con que apriete el botón del lavado.

—¿Y luego?

—Eso será todo. Sólo se dedicará a lavar las piedras. La máquina hará el resto.

—¿Y qué haré yo? —preguntó Frank.

—Sígame.

Frank se despidió de Eva.

—Hasta luego, nena.

Fue con la pelirroja hacia otro lugar de la sala.

Por una cinta de plástico sin fin llegaban las piedras. Una de aquellas hermosas mujeres estaba manejando una especie de pantalla que iluminaba los pedruscos que pasaban por la cinta. Al pasar las piedras por delante de la pantalla, se convertían en oro, ya que tenían el color típico del preciado metal.

—Fuera, Thaw.

Aquella mujer se marchó y la cinta se detuvo.

La pelirroja señaló la máquina.

—Ese será su cometido, señor Connors.

—Parece sencillo.

—No lo es. Cualquier distracción podría provocar que todo el trabajo se perdiese.

—Se referirá a las piedras que, al no recibir el rayo, dejarían de transformarse en oro.

—Todo está sincronizado. El rayo debe ser disparado sobre las piedras en un momento preciso. De lo contrario, el tratamiento previo de las piedras por el ácido dejaría de tener efecto... Todas las piedras, señor Connors. No puede distraerse. Empiece. Hemos interrumpido el proceso para que usted se pusiese al corriente. La cinta sin fin se va a poner en movimiento.

Hizo una señal hacia una de las mujeres y ésta apretó un botón.

La cinta en que se transportaban las piedras se puso a correr.

Frank apretó aquel disparador.

—¿Cuántas horas hemos de estar aquí trabajando? —preguntó a la pelirroja, que ya se iba a retirar.

—Ocho.

—Es demasiado tiempo.

—No discuta, señor Connors.

La pelirroja se alejó.

Frank empezó a soltar imprecaciones por lo bajo.

No, aquel no era un trabajo rutinario. Tenía que estar muy atento para que los rayos abarcasen, en toda la extensión, la cinta que pasaba frente a él llena de piedras.

Sintió lástima de sí mismo para el caso de que tuviese que estar el resto de su vida haciendo aquello. Se volvería loco y antes prefería morir. Y para morir sólo necesitaría una cosa. Intentar una cosa. Intentar la huida. Pero se juró a sí mismo que lo intentaría durante aquella jornada de trabajo.

¿Qué pasaría si volviese la máquina que manejaba contra aquellos seres? No podría saberlo. El rayo podría convertir la piedra en oro, pero sería inofensivo contra las masas de gelatina. ¿No había resultado inofensivo el rayo laser contra la nave espacial?

Pensó que los humanos tenían el oro guardado en grandes sótanos fuertemente custodiados, y sólo servía para calcular la riqueza de un determinado país. Los habitantes de la Tierra no habían sabido aprovechar las condiciones de aquel maravilloso metal, por cuya posesión habían muerto tantas personas desde los tiempos primitivos.

Frank, cuando se acostumbró al manejo de aquel aparato, al cabo de una hora, observó con más atención la sala. Al fondo había un horno. De él salía una caldera que pendía de una rueda. Imaginó que en la caldera se transportaría el oro líquido que luego serviría para hacer la aleación.

Tres de aquellos extraños seres estaban junto al horno, pero trabajaban protegidos por trajes metálicos.

Por primera vez tuvo una visión de lo más importante para él. Aquellos seres no eran inmunes a todo. No podían serlo si trabajaban en aquellas condiciones junto al horno. El horno significaba fuego y, por tanto, el fuego era el enemigo de los seres de Hula.

La caldera pasaba a sus espaldas y daba la vuelta, internándose por otro lado del laboratorio, hasta desaparecer de su vista por un hueco hacia otra sala.

Tenía un encendedor. No se lo habían quitado, ya que sus

enemigos estaban demasiado convencidos de que él no poseía nada que pudiese hacerles daño.

La máquina que estaba utilizando para enviar el rayo no le servía porque era absolutamente metálica. Pero la cinta sin fin era de plástico. Si lograba pegar fuego a la cinta, podría conseguir algo.

Rápidamente encendió el encendedor y lo puso debajo de la cinta.

La llama entró en contacto con el plástico y éste empezó a arder.

Simuló estar dedicado a su trabajo.

Y de pronto ocurrió. Las llamas prendieron en la cinta de plástico y corrieron como sobre un reguero de pólvora. Una de aquellas hermosas mujeres, que estaba a diez metros, pegó un grito porque las llamas llegaron a su lado sin que se diese cuenta. Una de sus manos había entrado en contacto con la llama y toda ella se puso a arder. Instintivamente, se acercó a una de sus compañeras y también ésta resultó alcanzada por el fuego.

Y las dos, estrechamente enlazadas, empezaron a transformarse en aquella masa gelatinosa. Pero ardían con mayor intensidad porque su cuerpo era un perfecto conductor. Llenaron la habitación con gritos de horror.

Sonó una campanilla y una voz gritó:

—¡Emergencia...! ¡Fuego en el laboratorio!

El pánico fue indescriptible.

Las otras mujeres echaron a correr buscando en la huida su salvación.

Uno de los gigantones llegó corriendo con el látigo en la mano.

Vio la cinta sinfín que estaba ardiendo y comprendió lo que había pasado.

Frank cogió su encendedor y lo arrojó hacia el hombre que iba a descargar sobre él el látigo con colas de plomo.

La llama entró en contacto con aquel hombre. Se produjo una explosión. Y aquel cuerpo, que parecía tan musculoso, ardió como una antorcha, y también se transformó en una masa gelatinosa y ardió más

y con un fuerte chisporroteo.

Frank no esperó un instante. Echó a correr hacia donde estaba Eva.

La joven salió a su encuentro.

—¡Vamos, Eva! ¿Dónde quedó tu “Shelley-22”?

—En la parte Sur.

—Es nuestro destino.

—No llegaremos nunca.

—Vamos a intentarlo.

Corrieron por el extremo opuesto al que habían seguido los fugitivos del laboratorio. Pero antes de salir, Frank vio un cajón de desperdicios. Cogió un montón de cartones, los apretó fuertemente y se los dio a Eva.

—¿Para qué es esto?

—Es una antorcha. Haré otra para mí. ¿Es que no lo has visto? Ya encontramos lo que necesitábamos. ¡El fuego puede acabar con ellos!

Cuando cada uno tuvo su ardiente antorcha en la mano se pusieron en marcha.

De pronto se encontraron con dos de aquellas formas gelatinosas.

Eva lanzó un grito de sorpresa.

—¡Duro con ellos, Eva!

Frank arrojó su antorcha contra uno de sus enemigos.

El extraño ser ardió con más facilidad que las mujeres o los hombres de la piel de leopardo, porque ya era gelatina y no necesitaba convertirse en ella.

Eva arrojó su antorcha contra el otro, el cual se puso también a arder.

Recuperaron las antorchas y siguieron hacia delante dejando a sus espaldas a aquellos dos seres que se extinguían entre alaridos.

Una bocanada de aire fresco les dio en la cara.

Allí había una puerta que comunicaba con el exterior.

En aquel momento oyeron una voz.

—¡Cierren todas las salidas! ¡Los prisioneros han escapado!

El muro empezó a cerrarse.

Frank cogió de la mano a Eva y los dos corrieron con todas sus fuerzas.

El muro estaba a punto de cerrarse, pero lograron pasar. Y así llegaron a la superficie de la Tierra.

CAPITULO XIII



El “Shelley-22” estaba ante sus ojos.

—Viajaremos un poco estrechos, Eva.

—¿Crees que nos dejarán llegar?

Hizo subir a Eva a la cabina y luego subió él.

En aquel momento oyeron la voz lejana de Eart.

—¡No los dejen escapar...! ¡Acaben con ellos!

Frank puso en marcha las turbinas reactoras de vuelo vertical.

El “Shelley-22” ascendía rápidamente.

Otra vez oyeron la voz amenazadora de Eart.

—¡Atención, baterías tres y cuatro! ¡La nave de los prisioneros ha abandonado el lugar de aterrizaje! ¡Preparados para exterminarla!

Eva gimió:

—Este es el fin.

Frank apretó el botón de lanzamiento.

El avión salió disparado.

Frank sólo podía hacer una cosa. Poner en juego toda la potencia del “Shelley-22” y su capacidad para seguir un vuelo rasante a través de aquellas montañas. Se exponía a un choque mortal, pero valía la pena intentarlo.

—Nena, ¿te gusta el tobogán?

—De pequeña sí.

—Pues vas a hacer ahora un viaje en el tobogán de la muerte. ¡Allá vamos!

El avión descendió y salvó uno de los montes. Un rayo mortífero enviado por los baterías del reino de Hula chocó contra la cumbre.

Miles de toneladas de rocas saltaron por el aire y se derrumbaron.

Algunos fragmentos de roca golpearon contra el avión, pero no le desviaron de su vuelo.

Estaban cruzando por un valle. Al fondo vieron una alta montaña.

—¡Nos estrellamos, Frank!

—Arriba, muchacho —dijo Frank al avión, como si se tratase de un ser que lo comprendiese. Pero él tenía que ser quien salvase el obstáculo.

El avión ascendió de nuevo, y, en ese momento, otro rayo pasó por debajo y se estrelló contra el suelo y miles de toneladas de tierras saltaron hacia arriba.

Frank pudo ver el gran cráter que la explosión producía. Sí, aquellos seres eran capaces de producir los mayores cataclismos con sus poderosas baterías. Ya no tenía ninguna duda de que podían provocar un terremoto en Berlín, un maremoto en las proximidades del Japón, o una nueva Era Glacial sobre Nueva York.

El “Shelley-22” salvó la montaña y descendió.

Un tercer impacto de las extrañas armas se produjo, pero fue mucho más lejano.

—Nena, creo que lo hemos conseguido.

El avión salvó las últimas montañas y vieron al mar.

Entonces Frank elevó el avión hacia los 10.000, quince mil y 20.000 metros.

—¡Estamos camino de casa, Eva!

La joven se estrechó contra él sollozando.

Frank la besó en el cabello y finalmente en la boca.

—Cariño, vamos a dejar el amor. Tenemos un poco de trabajo. Llegaremos pronto a la base.

Trató de establecer contacto.

—“Shelley-22” llamando a la Torre de Control de cabo Kennedy.

No escucharon nada.

—Tienen interceptada nuestra comunicación —dijo Eva.

—“Shelley-22” llamando a la Torre de Control de cabo Kennedy.

Esperaron unos instantes y oyeron una voz.

—Torre de Control de cabo Kennedy a avión desconocido.

—Este no es un avión desconocido, hijo de perra. —le contestó Frank—. Soy Frank Connors.

—¿El loco Connors?

—El mismo, bastardo. ¿Quién eres?

—John Williams.

—John, pequeño hijo de perra, llama al general Emerson.

—Está durmiendo.

—Ponle una bomba. Pero despiértalo inmediatamente.

—Oye, el general, sólo duerme dos horas, y ya sabes que hay que respetar su sueño.

—Escúchame, grandísimo cabezota. Despierta al general y transmítele lo siguiente. ¿Estás preparado para coger el texto?

—Sí, Connors.

—Allí va: “Año 2000: Fin del mundo”.

—¿Cómo has dicho?

—“Año 2000: Fin del mundo”. Lo firma Frank Connors. Y va dirigido a Robert Emerson, general del Ejército de los Estados Unidos de América.

* * *

—¿Fin del mundo? ¿Ha dicho fin del mundo? —ladró el general Emerson.

Delante de él se encontraban Frank Connors y Eva Harlow.

La reunión se celebraba en el despacho de Emerson y, con el general, se encontraban sus hombres de confianza, dos militares y cuatro científicos que colaboraban con él al más alto nivel en la puesta a punto y en la conservación del Comando Espacial.

—General Emerson, le he explicado todo el asunto —dijo Frank.

—Sí, me ha explicado su sueño.

Eva gritó:

—¡General Emerson, doy mi palabra de que todo lo que ha dicho el capitán Connors es verdad!

—¿Por qué se fue con él, teniente Harlow?

—Quise ayudarlo.

—Teniente Harlow, quiero que me conteste a una pregunta con absoluta sinceridad.

—Sí, señor.

—¿Se enamoró usted del capitán Frank Connors?

—Sí.

—¿Lo siguió porque lo amaba?

—Sí.

—Entonces, sus palabras no sirven para nada porque, entre otras cosas, faltó al juramento de lealtad.

—General Emerson —intervino Connors—. Yo también me he enamorado de Eva Harlow.

—¿Y qué quieren? ¿Que entonemos juntos un canto al amor? ¡Yo sé lo que quieren! Que mitigue la pena que les corresponde. Al fin y al cabo, todo lo hicieron por el amor. ¡Y han preparado la más piojosa historia de todos los tiempos para conseguir su objetivo! ¡Que el mundo se acaba!

—General Emerson, ya le he dicho que Berlín desaparecerá antes de cuarenta y ocho horas.

—Y luego Tokio.

—Sí, señor, luego Tokio.

—Y después Nueva York.

—Sí, señor, después Nueva York.

—Terremoto, maremoto —Emerson se dirigió a uno de los hombres que había allí—. Doctor Latimore, ¿qué tiempo hace en Nueva York?

—Estamos en febrero y el tiempo es frío. Seis grados sobre cero.

—¿Peligro de nevada?

—Ninguno, general. Nevó hace una semana, pero ahora la corriente del golfo está mandando aire caliente hacia el Norte. Las temperaturas tienden a mejorar. Subirá hasta los 12 grados en las dos próximas semanas.

—¿Lo ha oído, capitán Connors?

—Sí, señor, lo he oído. Pero la corriente del golfo, por muy caliente que sea, no podrá impedir que en Nueva York se provoque una nueva Era Glacial. ¡Y eso ocurrirá esta misma semana!

—¡Capitán Connors, teniente Harlow! ¡No quiero escucharles ni

un segundo más! He tenido la paciencia, de soportarles durante unos minutos. ¡Y me han contado lo más infantil de las fábulas que se le podría ocurrir a un niño de seis años! ¡Están detenidos y serán encerrados en celdas distintas! Pero comparecerán juntos en el consejo de guerra que se celebrará mañana. Son responsables a parte entera por su indisciplina y por su deslealtad... Teniente Mayer, llléveselos y que doblen la guardia para vigilarlos. ¡Esta vez no quiero escapatorias!

—Sí, señor.

—Me responde con su piel, teniente Mayer.

—Sí, señor.

Cuando los prisioneros hubieron salido, el general Emerson cogió un papel de encima de la mesa. Estaba muy arrugado.

—Imagínense, mandarme un telegrama con este texto absurdo: “Año 2000: Fin del mundo”.

Hizo una bola con el papel y lo arrojó con fuerza hacia el cesto del rincón.

Frank Connors y Eva Harlow caminaban juntos entre un pelotón de soldados.

Ella le cogió la mano.

—Frank, ¿de qué ha servido lo que pasamos? ¿De qué sirvió que huyésemos?

—De nada, porque el mulo del general Emerson no admite que un enemigo exterior pueda hacer peligrar la vida en nuestro planeta.

El teniente Mayer intervino:

—Frank, eso de mulo lo va a saber el general.

—Si quieres, se lo digo por teléfono, y te evito el soplo. ¿O esperas un ascenso?

Mayer se tocó el hígado.

—Todavía tengo un recuerdo de ti, y quisiera pagártelo.

—Cuando quieras y a solas, teniente Mayer. Pero acepta un consejo. Cómprate antes una dentadura postiza.

—¡Pelotón, alto! —ordenó Mayer.

Uno de los soldados abrió una puerta.

—Teniente Harlow, ésta es su celda.

—Muy amable, teniente Mayer. Pero, por favor, póngame claveles junto a la ventana.

Frank fue conducido a la celda contigua.

Mayer le sonrió.

—¿También quieres claveles?

—No, a mí me pones un canario.

—Trataré de complacerte.

Frank Connors y Eva Harlow, que estaban al corriente de los planes de los invasores de la Tierra, fueron encerrados en prisión.

CAPITULO XIV

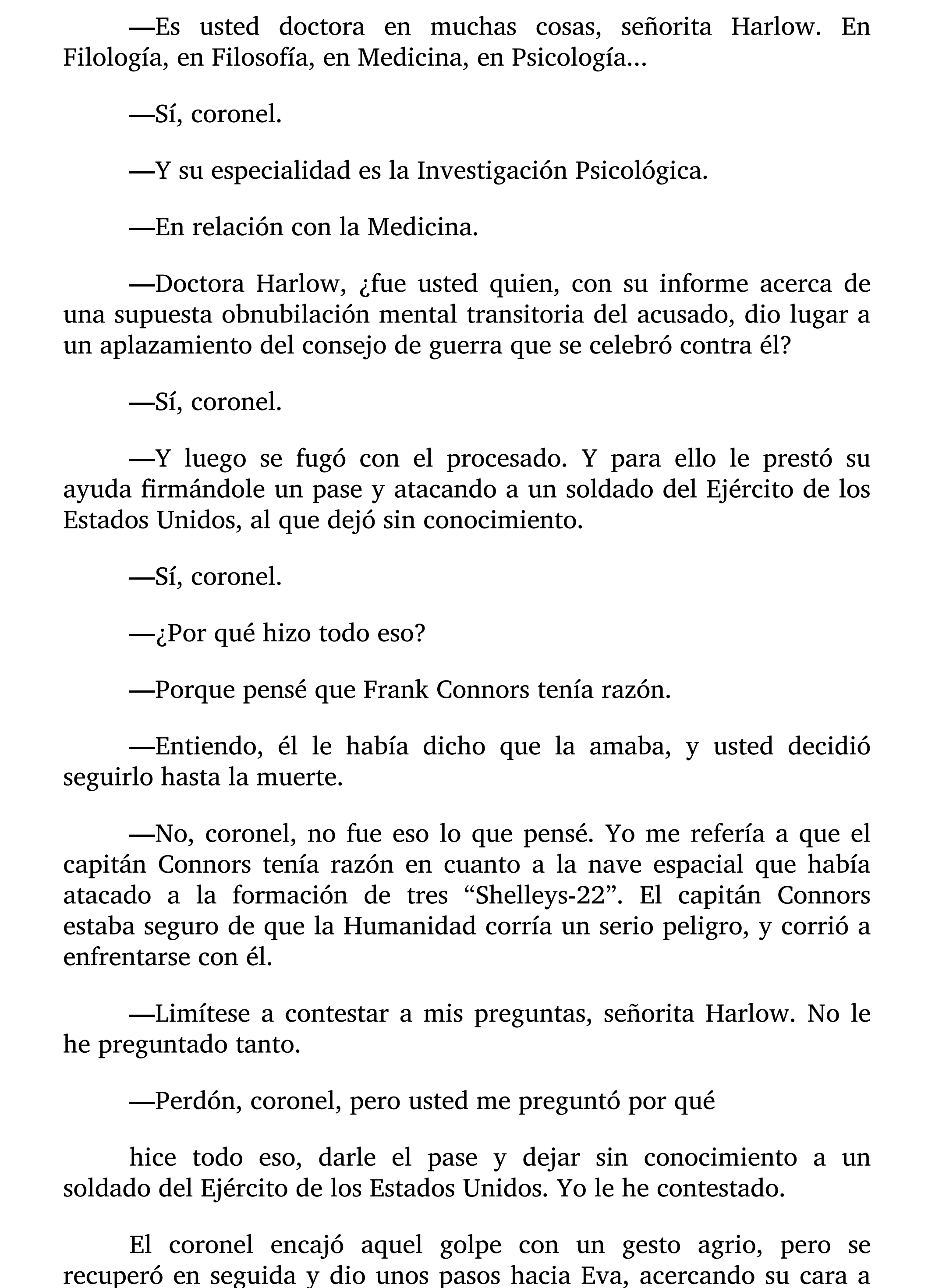
El fiscal, el coronel Charles Price, lo estaba pasando en grande. En aquel consejo de guerra tenía dos piezas que cobrar. Estaba poseído de un gran optimismo. Atacó duramente a los procesados, uno tras otro, echando mano la mayoría de las veces al sarcasmo. Era estúpido para él tener a un hombre y a una mujer que se decían enamorados. A un capitán y a un teniente del Ejército de los Estados Unidos que habían faltado a su deber.

Por el contrario, el defensor, el comandante E. Vadim las estaba pasando muy mal. Apenas podía contener aquel chisporroteo del coronel, que atacaba como un carnero, como si blandiese un cuchillo y con él que hería siempre.

En cuanto a los procesados, alegaban una y otra vez la situación de emergencia en que se habían movido, su contacto con aquel mundo de las montañas de Jalipur, donde seres extraños, de otro planeta, estaban preparando un ataque masivo contra la Tierra.

No, ningún miembro del tribunal, empezando por el general Emerson, y terminando por el último vocal, podía admitir que los humanos, con el arma más poderosa de todos los tiempos, el rayo laser, pudiesen ser atacado por unos seres que eran trozos de gelatina.

El fiscal tenía ahora enfrente a la acusada.



—Es usted doctora en muchas cosas, señorita Harlow. En Filología, en Filosofía, en Medicina, en Psicología...

—Sí, coronel.

—Y su especialidad es la Investigación Psicológica.

—En relación con la Medicina.

—Doctora Harlow, ¿fue usted quien, con su informe acerca de una supuesta obnubilación mental transitoria del acusado, dio lugar a un aplazamiento del consejo de guerra que se celebró contra él?

—Sí, coronel.

—Y luego se fugó con el procesado. Y para ello le prestó su ayuda firmándole un pase y atacando a un soldado del Ejército de los Estados Unidos, al que dejó sin conocimiento.

—Sí, coronel.

—¿Por qué hizo todo eso?

—Porque pensé que Frank Connors tenía razón.

—Entiendo, él le había dicho que la amaba, y usted decidió seguirlo hasta la muerte.

—No, coronel, no fue eso lo que pensé. Yo me refería a que el capitán Connors tenía razón en cuanto a la nave espacial que había atacado a la formación de tres “Shelleys-22”. El capitán Connors estaba seguro de que la Humanidad corría un serio peligro, y corrió a enfrentarse con él.

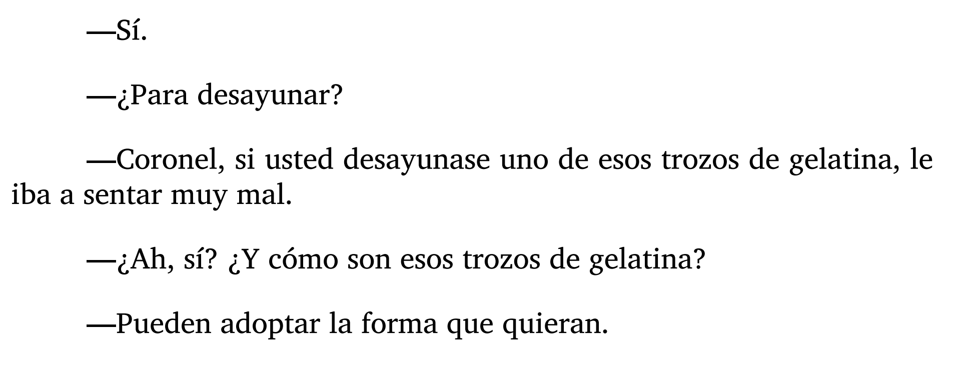
—Limítese a contestar a mis preguntas, señorita Harlow. No le he preguntado tanto.

—Perdón, coronel, pero usted me preguntó por qué

hice todo eso, darle el pase y dejar sin conocimiento a un soldado del Ejército de los Estados Unidos. Yo le he contestado.

El coronel encajó aquel golpe con un gesto agrio, pero se recuperó en seguida y dio unos pasos hacia Eva, acercando su cara a la de ella.

—¿Vio usted también esos trozos de gelatina?



—Sí.

—¿Para desayunar?

—Coronel, si usted desayunase uno de esos trozos de gelatina, le iba a sentar muy mal.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo son esos trozos de gelatina?

—Pueden adoptar la forma que quieran.

—Tengo gelatina en mi casa, señorita Harlow, y sé que es un cuerpo que se mueve con gran facilidad. Basta un simple toque en el plato que la contiene, para que la gelatina se estremezca o tiemble. Pero, hasta ahora, no me sirvieron en el supermercado ningún trozo de gelatina que adquiriese forma humana.

—Tuvo esa suerte, coronel.

—¿Usted cree?

—Sí, coronel. Pero, con un poco de paciencia, también los verá usted, porque ellos están a punto de atacar. Esos trozos de gelatina, como usted los llama, piensan destruir el mundo.

—Oh, sí —sonrió el fiscal—. Y van a empezar por Berlín.

—Empezarán con un terremoto en Berlín y destruirán la ciudad.

El coronel Price se apartó de Eva Harlow.

—¡Esta mujer ha perdido la ecuanimidad! ¡Dios mío, he conocido historias en que los amantes son capaces de inventar las más ingenuas historias para enmascarar sus torpes deseos, pero nunca había oído una fábula tan absurda!

Un hombre entró precipitadamente en el tribunal. Era un sargento.

El general Emerson saltó en la silla.

—¡Sargento Warner! ¿Por qué interrumpe este consejo de guerra?

—¡Perdone, general! ¡Está ocurriendo algo muy grave!

—¿A qué se refiere?

—Un terremoto. El terremoto más grande del mundo.

El sargento estaba respirando entrecortadamente, porque, indudablemente, había hecho una rápida carrera para llegar allí.

Los miembros del tribunal habían escuchado asombrados las palabras del sargento.

Las miradas de todas las personas que se encontraban en la sala se fijaron en los acusados, en el capitán Connors y en la teniente Harlow.

—Sargento —dijo el general Emerson—, ¿se ha localizado ese terremoto?

—Sí, general Emerson.

—¿Dónde?

—En Berlín.

Hubo una pausa. El rostro del general Emerson estaba empalideciendo.

El fiscal Price se había quedado con la boca abierta.

Y hasta el defensor, el teniente Vadim, parecía una estatua.

El general Emerson exclamó:

—Sargento, ¿hay imágenes del terremoto?

—Sí, señor, dos aviones de nuestro servicio de patrulla tienen localizado a Berlín con sus tomavistas. He dado orden para que trasladen las imágenes hasta aquí. Pantalla número seis.

El general Emerson apretó un botón bajo su mesa.

Se corrió rápidamente un telón y aparecieron una docena de pantallas, pero sólo en la número seis empezó a verse imagen. Y todos los presentes se quedaron sobrecogidos al ver lo que estaba sucediendo en Berlín, la capital de Alemania.

Un alto edificio, de más de cuarenta pisos, se estaba derrumbando y todos los que había a su alrededor ya habían caído. Ahora se vio el trozo de una calle, por donde huía la gente en masa. Abrían las bocas, pero no se oía el sonido y, de pronto, el suelo se

abrió ante sus pies y fueron tragados por el abismo. Hombres, mujeres y niños se precipitaron por aquella rajadura de la Tierra.

La cámara dejó de fotografiar aquello y ofreció una panorámica de un trozo de la ciudad. Los pocos edificios que quedaban en pie se derrumbaron entre nubes de polvo.

Se oyó una voz procedente del avión que estaba tomando las imágenes.

—Avión observatorio “Juno-87”. Habla el comandante More, a base de cabo Kennedy. Esto es pavoroso. Superior a lo que cualquier ejército haya conseguido con sus bombas durante una guerra… Berlín está siendo arrasado.

El general Emerson miró al sargento y éste le contestó sin que preguntase.

—Micrófono número seis.

—Atención “Juno-87”. Aquí el general Emerson, de cabo Kennedy. Comandante More, ¿quién está atacando la ciudad?

—Nadie, general.

—Debe haber naves enemigas.

—No, señor no se ve ninguna clase de enemigos.

—Obsérve bien con todos los elementos con que cuenta. Debe localizar naves brillantes como el oro.

—General, mis hombres se están ocupando de eso. Hay doce cámaras trabajando, pero ninguna de ellas refleja una nave de esa clase. El fenómeno que está destruyendo esta ciudad es un terremoto. Lo repito. ¡Un terremoto!

Otro hombre entró precipitadamente en la estancia. Llevaba una bata blanca.

—¡General Emerson, el terremoto que está destruyendo Berlín podría suponer una nueva Era geológica en la Tierra!

El capitán Connors gritó hacia el aludido:

—¡No, doctor Toland, no se trata de ningún fenómeno que tenga que ver con un cambio físico! ¡El terremoto está siendo provocado por

seres llegados del planeta Strombera! Y prepárese para otro fenómeno, doctor Toland. Un maremoto acabará con la ciudad de Tokio.

El doctor Toland, eminente geólogo, no pudo contestar. Estaba demasiado asombrado.

Las imágenes se seguían produciendo en la pantalla. Edificios derrumbándose, grietas que tragaban a los habitantes de Berlín. Dolor, destrucción y muerte…

El general Emerson pegó un martillazo.

—¡Se suspende este juicio!

—Nada que oponer —dijo el fiscal.

—Capitán Connors, teniente Harlow, se reunirán conmigo en mi gabinete de trabajo en cinco minutos.

Luego se dirigió al primer vocal.

—Coronel Nilsson, reactive los servicios de la base. Suspendidos todos los permisos.

—Sí, general.

—Hablaré ahora mismo con el presidente.

Eva Harlow abandonó la silla de testigos. Fue al encuentro de Frank, quien le abrazó contra sí y ella sollozó.

—Ahora nos creen, Frank, cuando ya es demasiado tarde.

—Quizá no lo sea todavía.

El general Emerson ya se estaba dirigiendo hacia la salida de la sala con paso enérgico.

Frank besó a Eva en los labios.

—Vamos, cariño, creo que el general Emerson necesita nuestra ayuda.

Llegaron al gabinete del general cuando éste hablaba al presidente de los Estados Unidos, quien aparecía en la pantalla que el general tenía ante sí. Era un hombre de cabello blanco, y rostro impasible.

—¿Está seguro de lo que dice, general Emerson? ¿Seres de otro planeta?

—Sí, señor presidente. No hay la menor duda. Por primera vez, la Tierra está siendo atacada por un enemigo del espacio exterior. Y sabemos quiénes son.

—¡Combátalos!

—Eso me dispongo a hacer con todas nuestras fuerzas.

—Téngame al corriente.

—Sí, señor.

Inmediatamente que terminó aquella conversación, el general Emerson dijo:

—Atención, Patrulla de Combate de la sección C con carga atómica. Orden de ataque... Emprendan vuelo. Objetivo de bombardeo: Montañas de Jalipur, en Pakistán.

CAPITULO XV

En las pantallas del gabinete del general Emerson se estaba reflejando el bombardeo atómico de las montañas del Jalipur.

Más de un millón de bombas de hidrógeno fueron dejadas caer sobre el punto exacto facilitado por Frank Connors.

—Le estamos dando una lección —dijo el general Emerson—. Esto les demostrará que tenemos armas para repeler la agresión. ¡Atención patrulla de combate del rayo laser! ¡Objetivo: El mismo lugar!

Una oleada de "Shelleys-22” empezó a abatir las montañas del Jalipur con sus cañones laser.

Toneladas de rocas saltaron por el aire. Montes que que ya habían sido arrasados por el bombardeo atómico, saltaron bajo el efecto de ios rayos laser. Nunca antes de ahora un lugar de la tierra había sido sometido a un castigo tan feroz, con las más poderosas armas que poseía el hombre, bombas de hidrógeno y el rayo laser.

Al cabo de quince segundos, aquel paisaje del Pakistán había cambiado notablemente. Las montañas parecían despojos de una catástrofe apocalíptica.

—Bien —dijo el general—, hemos terminado con ellos.

Las imágenes de las pantallas fueron interceptadas por algo. Aparecieron rayas, de súbito, todos pudieron ver asombrados la sala de un palacio, con paredes brillantes y desnudas. Y al fondo había una gran concha. Y sobre ella, sentada se veía una mujer.

La imagen de la mujer se fue acercando como si una cámara rodase hacia ella.

El capitán Connors conocía aquella sala porque había estado en ella, y también conocía a la mujer.

Era Hula, la reina de Strombera, jefe de aquellos extraños seres deformes, y también ella era un ser deforme, aunque ahora aparecía ante los seres humanos como la mujer más hermosa que nunca hubo sobre la Tierra.

—¡General Emerson! —dijo la reina Hula levantándose de su concha—. Su ataque con bombas de hidrógeno y con el rayo laser no les ha servido para nada. ¡Somos inmunes a sus armas! —se echó a reír.

El coronel Emerson se había quedado mudo.

La reina sonrió seductoramente.

—Acabaremos con todos los miembros de la raza humana... Capitán Connors, sé que está ahí, con su dulce colaboradora, la señorita Harlow. Han perdido una gran oportunidad para seguir viviendo. Pudieron ser la pareja ideal para seguir procreando seres de su clase. Pero ya que escaparon, perdieron su oportunidad, y morirán. Elegiremos otra pareja de macho y hembra de su especie para que nos den esclavos.

Eva se abrazó a Frank.

—General Emerson —prosiguió la reina Hula—, dado que ya conocen nuestra presencia, he ordenado un adelanto en nuestra ofensiva. ¿Quieren conectar con Tokio? Deben tener aviones por allí. Les voy a ofrecer un espectáculo único. La destrucción de una de sus más grandes ciudades por un maremoto. No se lo pierda, general Emerson. Será algo muy emocionante.

La reina Hula empezó a reír y, de pronto, aquel cuerpo divino de mujer empezó a transformarse, y las bellas facciones de su rostro fueron desapareciendo para convertirse en algo deforme, y aquella deformidad prosiguió su evolución hacia el cuello, los senos, la cintura, las caderas, las piernas. Y en un momento determinado, sólo fue un trozo de gelatina que palpitaba temblorosa, y la imagen desapareció.

La voz del general sonó apagada.

—Registro de imágenes. Conecten con nuestros aviones de Tokio.

—Hay sólo un avión, general —le contestó una voz.

—Orden inmediata de que todos los aviones de comunicaciones que sobrevuelen la zona del mar de la China o el Japón, vuelen hacia Tokio. ¡Quiero imágenes desde todos los ángulos!

—Sí, general.

Transcurrieron unos segundos y en las pantallas aparecieron las imágenes de Tokio. Todo parecía normal. Por las calles circulaban los automóviles y la gente con normalidad.

El coronel Robinson, uno de los ayudantes de Emerson, dijo:

—General, hay que avisar a esa gente.

—Lo haremos, aunque provocaremos el pánico, y no sabemos si el avión llegará a tiempo… Atención, registro. Conecte por todos los medios con emisoras de radio y televisión de Tokio.

—Concédame un minuto, general.

—¡Dese prisa!

—Sí, señor.

Los aviones de comunicaciones que habían recibido la orden para llegar a Tokio, empezaron a dar imágenes en la pantalla.

Uno de ellos dejó oír la voz de su comandante.

—¡General Emerson! ¡Una ola gigantesca se acerca por mi popa!

—¡Imagen!

En la pantalla se vio la ola a la que el comandante del avión se había referido.

Todos quedaron paralizados por el terror al ver aquella ola. Era inmensa.

—Longitud de la ola, doctor Hopkins —dijo el general al especialista en Oceanología.

—Es increíble, general. Esa ola tiene una altura de más de dos mil metros. Y en cuanto a espesor… ¡Dios mío! ¡Debe tener de nueve a diez kilómetros!

La ola avanzaba implacablemente.

—Está creciendo, general —anunció Hopkins—. Cada cien metros está adquiriendo más tamaño y potencia.

El general Emerson respiraba entrecortadamente.

El hombre a quien le había ordenado la conexión con las emisoras de radio de Tokio habló:

—Aquí el capitán Harris. Tiene la comunicación que solicitó general Emerson.

El general, después de echar una última mirada a la ola, dijo:

—Atención población de Tokio, les habla el general Emerson, del Ejército de los Estados Unidos, con base en cabo Kennedy. Un maremoto se cierne sobre la región de Tokio. Procedan a la evacuación rápida por todos los medios a su alcance. No debe cundir el pánico. Evacúen hacia las montañas. ¡No pierdan un segundo!

Se vieron imágenes de las calles de Tokio. La gente, había empezado a detenerse y cambiarse impresiones.

Algunos parecían inquietos, pero ninguno alarmado. Otros reían. Para ellos se trataba de una broma.

—¡No he conseguido nada! —exclamó el general Emerson desesperado.

—Miren eso —dijo el especialista en Oceanología—. ¡En el camino de la ola hay un barco!

Efectivamente, un trasatlántico de más de cien mil toneladas estaba surcando aquel mar. La ola se estaba acercando a la nave rápidamente y de pronto fue alcanzado por ella como un mondadientes. La ola se tragó el barco y ya no se volvió a ver, y en la ola no se produjo ni una pulgada de espuma. El barco de cien mil toneladas había desaparecido como si nunca hubiera existido. La ola siguió avanzando.

El general Emerson volvió a mirar las calles de Tokio. Ahora las risas de los japoneses se habían generalizado. Sí, todo era una broma.

El capitán Connors se apartó hacia el comandante, Connery, jefe del departamento de material.

—Connery, ¿de cuántos aviones lanzallamas disponemos?

—Trescientos, pero están en distintas bases del país.

—¿Y en nuestras bases del extranjero?

—Unos doscientos.

En Tokio empezó la catástrofe. La ola llegó a la ciudad y se abatió sobre los edificios anegándolos, cubriendo totalmente las calles.

El general Emerson, impotente, cerró los puños sobre la mesa.

—General Emerson — dijo el capitán Connors —, solicito su permiso para mandar quinientos aviones lanzallamas sobre las montañas del Jalipur.

—¿Quiere emplear el fuego contra esos seres cuando no hemos podido acabar con ellos con las bombas de hidrógeno y los cañones laser?

—Recuerde mi historia, general. La teniente Harlow y yo logramos escapar cuando puse en práctica el truco más sencillo. Eché mano a uno de los primeros descubrimientos del hombre. El fuego.

Emerson arrugó el ceño y dirigió otra mirada a las imágenes que llegaban de Tokio. La ciudad había quedado sepultada bajo la ola súper gigante.

—General Emerson —dijo Connors—, debo ponerme en marcha inmediatamente. La próxima ciudad a destruir será Nueva York. Y ya sabe cómo. Será sumergida en una nueva Era Glacial.

—De acuerdo, capitán Connors. Póngase en marcha. Daré orden a todas las bases para que le presten la máxima ayuda.

Frank se dirigió a la salida y Eva fue detrás.

Él se detuvo unos instantes y ambos se miraron a los ojos. Frank la besó.

Luego palmeándola en la mejilla dijo:

—Volveré, Eva.

* * *

Frank Connors ya estaba al mando de los quinientos aviones que se acercaban a las montañas de Jalipur.

—Atención, patrulla de combate... Atacaremos en oleadas de cincuenta aviones, tal como están formados ahora. Pasadas rasantes. Deben dirigir sus lanzallamas hacia las grietas. ¡Cubran todo el terreno! Lanzallamas a máxima intensidad. Primera oleada... ¡Ahora!

El capitán Connors, con otros cuarenta y nueve aviones, se lanzaron en picado hacia la tierra.

Vieron aquellas montañas que habían sido castigadas con las bombas de hidrógeno y el rayo laser y cuando empezaron a hacer el vuelo rasante, pusieron en toda potencia los lanzallamas.

Por entre las grietas aparecieron bocas de cañones que dispararon.

Una veintena de aviones se convirtieron en humo al desintegrarse.

Pero el capitán Connors seguía vivo.

—¡Segunda oleada! —ordenó.

Otros cincuenta aviones, en vuelo rasante, pusieron en marcha sus lanzallamas.

Esta vez sólo seis fueron desintegrados.

—¡Tercera oleada! —gritó Connors, alentado al darse cuenta de que el ataque estaba surtiendo efecto.

Ahora sólo dos aviones fueron convertidos en pequeñas nubes.

El capitán Connors, sonrió.

—Bien, Hula, creo que te equivocaste.

En la pantalla de su televisor se produjo una interrupción y vio aparecer la imagen de una de aquellas masas deformes.

—¡Maldita sea, capitán Connors! —era la voz de la reina Hula—. ¿Por qué no acabé con usted cuando lo tuve en mis manos?

—Le ofrecí la paz y usted la rechazó —repuso Connors.

Varios seres deformes ardiendo se precipitaron en la sala del trono.

La reina Hula retrocedió gritando:

—¡No os acerquéis a mí…! ¡No os acerquéis!

Pero aquellos seres ya no razonaban. Uno de ellos trató de coger a la reina y también Hula empezó a arder.

Empezaron a producirse una serie de explosiones en el interior de la Tierra y la última imagen que Connors vio en la pantalla fue a la reina Hula, presa de las llamas, consumiéndose con un chisporroteo, lanzando alaridos por aquel agujero que le servía de boca.

* * *

El general Emerson estrechó la mano de Frank.

—Capitán Connors, la deuda que ha contraído con usted la humanidad nunca le podrá ser pagada. El Presidente de los Estados Unidos lo recibirá mañana en la Casa Blanca. Será condecorado. Y también me ha dicho que, desde ahora, es usted comandante.

—Gracias, señor, pero sólo cumplí con mi deber.

—Enhorabuena. Puede retirarse, comandante Connors.

Frank salió del despacho del general Emerson y de pronto unos brazos se enroscaron a su cuello.

Él se volvió. Los brazos pertenecían a la teniente Eva Harlow.

Frank la besó con fuerza en los labios y se tambaleó.

—Doctora Harlow, estoy muy malito. Por favor, ¿no tiene usted un tratamiento a mano?

—Tengo el mejor.

—¿Ah, sí?

—Acompáñeme a mi apartamento y se lo demostraré.

—Sí, doctora.

Los dos, sonrientes, se marcharon cogidos del brazo.

El coronel Price, que había presenciado la escena, entró precipitadamente en el despacho del general Emerson diciendo:

—¡General, otro acto de indisciplina! ¡Connors y la teniente Harlow están confraternizando!

—No se preocupe, fiscal Price. El comandante Connors me acaba de pedir permiso para casarse. Y la contrayente es la teniente Eva Harlow.

FIN